1027

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

BAILE DE TRAJES

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.°

1900

BAILE DE TRAJES

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BAILE DE TRAJES

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA en la noche del 5 de Marzo de 1900

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana 20
Teléfono núm. 551
1900

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MATILDE	Doña Rosario Pino.
LOLA	Matilde Rodríguez.
MARGARITA	Rosa Tovar.
DOÑA CARMEN	Mercedes Sampedro.
PEPITA	Luisa Lasheras.
ROSA	Srta. Mendizábal.
FERNANDO	Don Emilio Thuillier.
MAURICIO	Luis Echaide.
DON JUAN	Donato Jiménez.
DON ALEJANDRO	José Rubio.
ENRIQUE	José Ponzano.
LUIS	Fernando Porredón.

ÉPOCA MODERNA

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Salón amueblado con lujo; puertas laterales y en el fondo; en el centro, mesa con album y libros

ESCENA PRIMERA

MARGARITA. Después MATILDE

MARG. (Sentada, leyendo un libro.) «El anciano juez acudió en cuanto supo la noticia, y abrazó al moribundo llorando amargamente... Sus hijos le siguieron... Besaban á Werther en las manos y en la boca... Murió al medio día... Le enterraron á las once de la noche en el sitio indicado por él mismo... El viejo siguió al cadáver... Los sacerdotes no le acompañaron...» (Suspende la lectura y llora.)

MAT. (Entrando segunda izquierda.)
¡Qué solita estás! Un viernes
sin gente... ¡Cosa más rara!
¿Estás leyendo? ¿Qué lees?
(Se aproxima.)
Mas, ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?
¡Estás llorando!

MARG. No.

MAT. Sí.
Lloras. ¿Qué sucede?

MARG. Nada.
Esa lectura, ese libro

MAT. ¿Es triste? ¿Cómo se llama?

611137

MARG. *Werther.*
MAT. Ya. Te ha impresionado.
MARG. Sí, Matilde.
MAT. A mí me encantan
las cosas tristes.
MARG. ¿De veras?
MAT. ¡Oh, mucho! Cuando les pasan
á los demás Leer un libro
tierno, verter una lágrima
y limpiármela, y quedarme
tan fresca después, me agrada
mucho. Me le dejarás
leer.
MARG. No es para muchachas.
MAT. ¿Y por qué?
MARG. Es una lectura
muy peligrosa; malsana
para gente joven.
MAT. Miren
la viejecita arrugada.
MARG. Lo soy ya ¿No soy tu madre?
Madre de una zanquilarga
de veinte años ya cumplidos.
MAT. Es verdad, no me acordaba.
La hija, veinte, y la mamá
veintisiete ¡Pobre anciana!
MARG. Tienes razón: no soy madre;
Soy la figura antipática
de la familia. La sombra
del hogar. Soy la madrastra.
MAT. No, ni madrastra ni madre.
Margarita, eres mi hermana.
MARG. Todo el que juntas nos ve
lo cree así
MAT. Pues no se engaña.
Somos hermanas, ¿verdad?
MARG. Sí, lo somos por el alma.
MAT. Pues, vaya, fuera ese libro
antipático, esa mala
(Le quita el libro, que deja sobre la mesa.)
lectura, que te entristece.
Yo quiero ver esa cara
muy alegre. ¿A qué te encierras
aquí sola en esta sala?

¡Ay! Que venga alguna amiga
de esas que ríen y charlan
y murmuran y entretienen,
que venga y que te distraiga.

MARG. Mira, te han oido.

MAT. Sí.
Oportunamente llaman.

ESCENA II

DICHAS, DOÑA CARMEN, PEPITA, ROSA, por el fondo

CAR. Adiós, Margarita.

MARG. ¡Carmen!

CAR. ¡Ay! Venimos escapadas.
¡Tenemos tanto que hacer
hoy! ¡Cuántas visitas, cuántas!
El lunes, recibe Lola;
el martes, recibe Adriana;
el miércoles, la condesa;
el jueves, la generala;
viernes, tú; sábado, yo,
y el domingo, Rita y Clara.
Y lo mismo por la noche.
El Real, la Comedia, Lara...
Hija, esos días de moda
han copado la semana.

MARG. Pero, siéntate, mujer.

MAT. Y vosotras.

PEP. Muchas gracias.

(Se sientan por el orden siguiente, de derecha á izquierda: Margarita, Pepita, Carmen, Rosa, Matilde.)

¿Os divertís mucho?

CAR. Un poco.

MAT. ¿Fuisteis al estreno?

ROSA Vaya.

CAR. Yo no suelo perder uno.
Los estrenos me entusiasman,
pues son noches de emociones.

MARG. ¿Y qué estrenaron? ¿Un drama
ó una comedia?

CAR. Comedia.

Creo que está así anunciada.
¿Fué una comedia, Pepita?

PEP. Creo que sí; pero no me hagas
caso. ¿Fué comedia, Rosa?

ROSA No sé. Entramos ya empezada.

PEP. El público se reía.

CAR. Mas la de al lado lloraba.

PEP. Sí, le decía á un amigo
que estaba muy constipada.

CAR. No vimos el primer acto.
Fué gente á comer á casa
y llegamos tarde. Luego
nuestros amigos asaltan
el palco, y aunque reclamo
el silencio, no se callan,
y no nos dejan oir.
Sale una poco enterada,
la verdad. Pero el teatro
es la diversión mas sana,
y en él se aprende, no hay duda.
El teatro es enseñanza.

ROSA ¡Ay, qué vestido sacó
la Martínez! Una facha.

MAT. ¿Iba mal?

ROSA Con el de viaje,
muy bien. Era una monada.

PEP. Y el de baile fué un primor.
¡Qué corte el de aquella falda!

CAR. En el teatro se aprende.

MARG. Dicen que viene la Sarah
Bernhardt.

CAR. ... Yo me alegro mucho.

MAT. Yo también.

CAR. Pienso llevarlas.
Que no olviden el francés.
Están las dos educadas
en París, y lo saben; pero
se olvida si no se habla
Bueno es que vean un género
distinto. *Frou-Frou*, *La Dama
de las camelias*. Que aprendan,
que aprendan, que buena falta
les hace.

MAT. ¿Nos abonamos? (A Margarita.)

MARG. Puede ser.
CAR. Dicen que saca
unos trajes...
PEPITA De modisto.
ROSA Del mismo Worth.
MARG. ¡Y qué alhajas!
CAR. A propósito de trajes.
¿Y tu baile? ¿Se retrasa
mucho?
MARG. Dentro de unos días.
MAT. Pronto.
CAR. Están alborotadas
las muchachas con tu idea.
MARG. No fué mía, y no me halaga
en verdad.
MAT. Ha sido mía.
PEPITA ¿Sí? Pues fué muy acertada.

ESCENA III

DICHAS. LOLA por el fondo. Todas se levantan

LOLA Buenas tardes, Margarita.
¡Matilde, siempre tan guapa,
tan mona! Carmen... Pepita...
Rosa... Sentadas... sentadas.
No molestarse. Etiquetas
conmigo. . Soy de confianza.
(Vuelven á sentarse. Lola al lado de Matilde.)
Con que, ¿cómo estás, mujer? (A Margarita.)
¡Siempre ese gesto, esa cara
siempre tristona, tristona!
MARG. Tú, en cambio, como unas Pascuas.
MAT. A veces; pero no siempre.
Las apariencias engañan,
y los días de más sol
tienen sus horas nubladas.
CAR. ¿Y tu amigo?
LOLA ¿Amigos yo?
MAT. Tu perseguidor.
LOLA ¡Qué lata!
No me deja á sol ni á sombra,
me mortifica, me cansa

y me lanza en cuanto le hablo
tres declaraciones diarias.
Ahora vendrá. Le veréis.
Va siguiendo mis pisadas.
¿No ves como yo también
tengo penas?

CAR. Nunca faltan.

LOLA En fin; no hablemos de penas.
Hagamos por olvidarlas.
Pensemos en algo alegre.
En esa fiesta idea la
por don Juan, con el deseo
de alegrar á esta muchacha. (Por Margarita.)

PEPITA Sí, sí. (Con mucha animación.)

ROSA Del baile de trajes.

LOLA Hay una cuestión muy ardua
para nosotras.

MAT. ¿Cuál es?

LOLA Los trajes. Si es de importancia
capital... ¿De qué me visto?

MAT. ¿Y yo?

PEPITA ¿Y nosotras?

LOLA No es ardua
la materia.

MARG. Muy difícil.

CAR. Grave.

LOLA Vamos á tratarla.
(Se ponen más juntas.)

ESCENA IV

DICHAS, DON JUAN y DON ALEJANDRO. Por la primera izquierda don Juan y por el foro don Alejandro

JUAN Señoras... ¡Cuánta señora!

LOLA Señor don Juan...

MARG. Pasa, pasa.

JUAN No, con seis yo no me atrevo.
Vuelvo.

MAT. Papá, no te vayas.
(Don Alejandro por el fondo.)

ALEJ. ¿Usted no se atreve? Yo
sí me atrevo.

JUAN Usted se llama
Alejandro.
LOLA (¡Adiós! ¡Mi sombra!)
ALEJ. Señoras .. siempre á las plantas
de todas, que beso. ¡Ay, Dios!
¿Quién está aquí?
LOLA Yo.
ALEJ. La ingrata
que me ha herido el corazón
y me ha destrozado el alma.
La viuda, que sigue viuda
porque quiere, pues dejara
de serlo en cuanto quisiera
corresponder á mis ansias.
El ángel ..
MARG. ¡Don Alejandro,
por Dios!
JUAN Todo eso se trata
en secreto.
ALEJ. No lo oculto.
Es pública voz y fama.
Voy á ponerlo en la Puerta
del Sol, con letras doradas,
en la anunciadora.
LOLA (¡Qué hombre!)
JUAN Siéntese usted.
LOLA (Que se vaya.)
(Se sienta entre las señoras: todos á la derecha, don Juan á la izquierda, en una butaca y un poco separado.)
MARG. Y ya que tanto la quiere,
ayúdela usted, estaba
confusa.
ALEJ. ¿Qué la sucede?
MAT. Una duda que la asalta.
ALEJ. Ya sé. Si me dice sí
ó me dice no.
LOLA No es nada
de eso.
ALEJ. Bueno, pues sigan
hablando de lo que hablaban,
y por mí no se cohiban,
y continúe la charla,
porque yo entiendo de todo:

de vestidos y de máquinas
de coser y de patrones
y de abrigos.

MAT. Se trataba
de los trajes para el baile.

ALEJ. Pues es una cuestión magna.

JUAN Vaya, me preocupa á mí.

ALEJ. Pues á discutir con calma.

JUAN Usted, que tiene buen gusto,
tanta idea y tanta maña,
y pinta y dibuja, puede
hacernos algo que valga.

MAT. Unos figurines.

CAR. Sí.

ROSA Que los haga.

PEP. Que los haga.

ALEJ. Se harán. Ya tengo aquí un traje,
una idea que no es mala,
un traje igual para todas.

MARG. ¿Para todas?

ALEJ. Las seis gracias.

JUAN Eso no sirve.

ALEJ. ¿Por qué?

JUAN Eso no es ir disfrazadas.

ALEJ. Tiene usted razón, don Juan.

CAR. Mil gracias.

JUAN No es adularlas.

ALEJ. Otro. De constelación.

MAT. ¿Todas?

ALEJ. Sí.

CAR. (¡Cosa más rara!)
(Bajo á Pepita.)
Tú que has estudiado en Pau,
¿qué es constelación?

PEP. (Bajo.) Pues, nada,
no sé.

ALEJ. De cielo estrellado.

LOLA Esto no es cosa de chanza,
esto es grave, conque en serio.

ALEJ. En serio. Usted de Cleopatra.

MARG. Bien.

ALEJ. Usted de mariposa. (A Matilde.)

MAT. Me conviene.

ALEJ. Usted de maja. (A Pepita.)

PEP. Ese está muy visto.
ALEJ. Usted (A Carmen.)
de general de brigada.
CAR. Don Alejandro.
ALEJ. Es muy lindo.
JUAN ¿Lindo?
ALEJ. Sí, su falda blanca,
su casaca, su fagín,
casco y plumero de gala.
CAR. ¡Por Dios!
ALEJ. Irá usté imponente.
LOLA ¿Y yo?
ALEJ. Usted de desposada.
Yo á su lado.
LOLA No me gusta
el traje. No me hace gracia.
Otro... otro
ALEJ. Usted de escocesa.
LOLA De escocesa. ¡Virgen Santa!
¡Ay, qué recuerdo tan triste!
¡Ay, qué noche tan amarga!
Así me vestí yo un día
para ir á un baile de máscaras,
enseñando algo las piernas,
naturalmente, y confiada
me presenté á mi marido,
que tranquilo me esperaba,
y al verme, ¡Dios mío! al ver
por las rodillas la falda
se me puso por los nubes,
diciendo que las casadas
honestas y recogidas
deben ir vestidas hasta
los tobillos. Regañamos
y nos quedamos en casa.
ALEJ. ¡Bah! se asustaba de poco.
Yo ví en un baile una dama
vestida de Eva.
JUAN ¿De Eva?
ALEJ. Iba muy propia.
JUAN ¡Caramba!
MARG. ¿Pero eso es un traje?
ALEJ. Sí.
Y que fué muy celebrada.

LOLA Como no llevase un
emparrado
ALEJ. Le llevaba.
Hojas de parra el vestido,
todo el cuerpo hojas de parra,
dos grandes en las hombreras
y otra grande en la garganta.
Era rubia, y su cabeza,
entre la verde hojarasca,
asomaba cual racimo
relleno de uvas doradas.
LOLA Pues tampoco á mí me sirve,
que soy morena, aunque clara.
ALEJ. Señora, las uvas negras
son más dulces que las blancas.
JUAN En las mujeres es fácil,
hay mil cuadros y mil láminas,
y que todo sienta bien
cuando hay juventud y gracia.
Pero, ¿y los hombres? ¿Y yo?
ALEJ. ¿Y yo, que ya peino canas?
LOLA (Bajo a Matilde.)
Este va á venir de moro.
MAT. ¡Calla! (Bajo.)
LOLA Te doy mi palabra (Idem.)
JUAN ¿No es ridículo que yo
vista trusa y lleve espada
y chambergo?
LOLA Eso es muy feo.
Hay un traje que me agrada
mucho.
ALEJ. ¿Cuál es? (Con interés.)
LOLA Pero mucho.
El de Otelo. Me entusiasma.
Van muy bien el alquicel,
el turbante y la coraza.
ALEJ. No es mala idea.
LOLA (A Matilde, bajo.) Este viene
de moro. ¡Pues no faltaba
más! (Carmen se levanta.)
MARG. ¿Ya nos dejas?
CAR. Sí.
Las horas aquí se pasan
muy bien; mas se me hace tarde.

LOLA Yo también.
MAT. ¿También te marchas?
LOLA Por ahí A soltar á este (Bajo á Matilde.)
si puedo. A ver si se cansa
de seguirme Volveré
sola, si puedo. Estoy harta.
JUAN Usted, por supuesto... (A don Alejandro.)
ALEJ. Es claro.
Me marcho tras esa ingrata.
LOLA ¡Qué jaqueca!
ALEJ. ¡Quieto, quieto! (A don Juan.)
No le permito que salga
CAR. Adiós. No se mueva nadie (A Margarita.)
MARG. Bien. Matilde os acompaña.
(Mutis por el fondo Carmen, Pepita, Rosa, Matilde, Lola y don Alejandro.)

ESCENA V

JUAN, MARGARITA

JUAN Gracias á Dios que se van.
Me molesta tanto amigo.
Deseaba hablar contigo
un momento.
MARG. Hablemos, Juan.
JUAN Siéntate cerca de mí.
MARG. Es el sitio que prefiero.
JUAN Pues yo muy cerca te quiero,
muy cerca
MARG. Ya estoy aquí.
(Se sientan juntos.)
JUAN Siempre en mis dudas, ya sabes
que me gusta consultar
contigo. Vamos á hablar
de cosas serias y graves.
Se puede hablar con mi esposa
en serio, por mi fortuna.
Entre tantas, tú eres una
excepción, y muy honrosa.
Eres toda seriedad.
Por eso te preferí,
y no vacilé, ni vi

la diferencia de edad.
Veinte años te llevo yo,
diferencia muy sensible,
muy expuesta, muy temible.

MARG. ¡Por Dios, Juan!

JUAN Contigo, no.

MARG. Pero, en fin, ¿qué es ello, dí?
Entremos pronto en materia;
venga èsa cosa tan seria.
¿Se trata de tu hija?

JUAN Sí.
En ella siempre pensando.
Por ella mis dudas son
Tiene ha tiempo una afición
que yo no apruebo.

MARG. ¡Fernando!
¡Oh! Pues yo no le condeno.
Es un muchacho excelente,
apasionado, vehemente,
pero generoso y bueno.

JUAN No es malo el fondo, es verdad.
Muy simpático en visita.
Es un bueno, Margarita,
que es una calamidad.
No es malvado, pero es loco.
Ciegos sus impulsos son.
Tiene mucho corazón.
Siente mucho y piensa poco.
En cualquier asunto ves
que al primer impulso cede,
y el primer impulso puede
no ser bueno: nunca lo es.
Yo me informé por ahí,
y gentes no sospechosas
me han enterado de cosas
muy desagradables.

MARG. Sí.

JUAN Ayer tuvo un desafío
é hirió á su contrario mal.
De su inmenso capital
le queda muy poco. Un lío
espantoso Un usurero
le explota. Ya ha hipotecado
el hotelito de al lado.

Como no tiene dinero
y ve perdida su casa,
juega fuerte y pierde mucho.

MARG. ¡Con qué tristeza te escucho!

JUAN Pues hay más.

MARG. ¿Pero qué pasa?

JUAN Por ahí se está murmurando
de un suceso escandaloso.
Hay un niño misterioso
que ha recogido.

MARG. ¡Fernando!
Entonces tienes razón.

JUAN ¿Qué te he dicho?

MARG. Ya no dudo.

JUAN Tú me ayudarás.

MARG. Te ayudo
con todo mi corazón.

JUAN Está sumido en el vicio.

MARG. Pues lucharemos con fe.

JUAN ¡Con qué razón apelé
á la luz de tu buen juicio!

MARG. Ella le quiere de un modo...
Trabajo nos va á costar.

JUAN En el tiempo hay que confiar
que es el que lo arregla todo.
Tengo experiencia y soy ducho.
Abrigo un proyecto grato
para mí.

MARG. ¿Sí?

JUAN Un candidato.
Y este vale, vale mucho.

MARG. ¿Otro?

JUAN Siempre me agradó.
En este confío y creo.
¿No aciertas quién es?

MARG. No veo...

JUAN Mauricio.

MARG. (Con mucha viveza.)
¡Ese, no! ¡Ese, no!

JUAN ¿No? ¿Por qué? Tendrás razones.

MARG. Más bien un presentimiento.
(Reprimiéndose.)
Te devuelvo tu argumento
con tus mismas expresiones.

Aunque es formal y es amable,
no extrañes que no me llene,
porque ese muchacho tiene
un algo desagradable.

JUAN Es buen chico.

MARG. Sí, Juan mío.

JUAN Tiene mucha seriedad.

MARG. Mucha, sí, para su edad.
Pero no es serio, es sombrío.
Además, ¿cómo poder
arrancar una pasión
que arraigó en el corazón,
muy hondo en esa mujer?
¿No es imposición injusta
decir á esa desdichada:
deja á ese que no me agrada;
toma á éste, que á mí me gusta?

JUAN ¡Su ayuda me prometió
y se vuelve contra mí!

MARG. Contra Fernando, bien, sí.
En pró de Mauricio, no.
Tú no lo harás.

JUAN Sí en mis días.

MARG. Eres padre y en tí espero.
El cariño verdadero
no tiene esas tiranías.

JUAN Si es su bien...

MARG. Aunque lo fuere.

JUAN El curarla es muy sencillo.

MARG. Bah, todo esto es un castillo
en el aire. El no la quiere.

JUAN La quiere.

MARG. Error.

JUAN ¡Evidencia!

MARG. No te hagas una ilusión.

JUAN Yo leo en el corazón
humano. Tengo experiencia.
El disimulo no es
propio de la juventud.
¿No ves su solicitud,
su asiduidad?... ¿No le ves
de noche aquí, aquí de día?
Su tristeza es el temor
de no agradar, el amor

que le quita la alegría.
Piensa dirigirse á mí,
mas la duda le contiene.
Y si no es esto ¿á qué viene
tanto á esta casa?

MARG. Eso sí.

JUAN Ya crees: ¡gracias á Dios!
Al fin nos entenderemos
como en todo Siempre iremos
de acuerdo y juntos los dos.

ESCENA VI

DICHOS y MATILDE. Entra por el fondo

MAT. ¡Hola! De conversación...
¿Si es que estorbo?...

JUAN A punto llegas

MAT. (Corriendo á ellos y haciéndolos mimos.)
¡Papá, mamá Margarita!

JUAN Pues no e tás poco contenta.

MARG. Claro, habrá visto venir
á Fernando.

MAT. No lo creas. (Turbada)
No es por eso.

JUAN ¿Pero viene
Fernando?

MAT. Creo que entra
ahora; pero no es por eso.

JUAN Bueno, bien. (Secamente.)

MARG. (¡La que te espera!)

ESCENA VII

DICHOS y FERNANDO. Por el fondo

FERN. ¡Buenos días, Margarita! (Muy contento.)
¡Mi respetable pariente!
¡Padre mío!

JUAN ¡Cómo padre! (Con severidad.)
Tío solo... Y no quisiera
serlo.

FERN. Pues no encontrará
nadie que mejor le quiera.
¿Y tú, Matilde?
MAT. ¡Fernando!
FERN. ¿A tí también te molesta
ser prima mía? (Bajo.)
MAT. (Idem) Deseo
ser algo más
FERN. (Idem.) ¡Sí, mi reina
y mi señora, y el alma
y la luz de mi existencia!
JUAN Llegas en un buen momento.
De tí hablábamos. Y era
bien enojoso el asunto,
bien ingrato.
FERN. (¡Adiós, tormenta!)
MAT. (¡Ay, yo me voy!) (Medio mutis.)
JUAN No te marches.
El asunto te interesa
más que á nosotros.
MAT. Con todo...
JUAN Tú te quedas y te sientas.
(Matilde se sienta.)
FERN. ¿Hice algo? (Inquieto.)
JUAN Sí.
FERN. ¿Malo? (Dudando.)
JUAN Sí.
Haciéndolo tú, por fuerza.
Has tenido una cuestión
con otros, una reyerta.
Has herido en desafío
á un muchacho que se encuentra
grave.
FERN. Es cierto. Me ofendieron (Muy en serio.)
y lavé al punto la ofensa.
JUAN Te has batido no sé donde,
en un cuarto...
FERN. Donde sea, (Con vehemencia.)
allí, donde me ofendieron,
en el acto, no dí treguas;
¡yo no vivo deshonrado
un minuto, uno siquiera!
MAT. (Es muy valiente.) (Muy satisfecha.)
MARG. Los hombres,

á veces, aunque no quieran,
van al terreno. Esa es,
entre caballeros, regla
de honor.

FERN. (Muchas gracias.
¡Margarita, eres muy buena!)

JUAN Pasas tus noches jugando,
no sé donde; en las tabernas,
en esos antros del vicio,
de escándalo y de vergüenza.
Y esta... ¿es ley de caballeros?
¿Te han calumniado? ¿No juegas?

FERN. Sí juego.

MAT. (¡No miente nunca!)

JUAN Al menos tienes franqueza.

FERN. He tenido en mi fortuna
reveses, sensibles pérdidas,
y las quise reparar.
Me asaltó una mala idea
y he jugado muchas veces.

JUAN Hoy un periódico cuenta
que un infeliz arruinado,
al salir de alguna de esas
casas se mató de un tiro
en el umbral de la puerta.
Esos billetes manchados
con sangre, quizás los llevas
en el bolsillo

FERN. ¡Eso no!
Me llevó la Providencia,
por el contrario, á hacer bien,
y está mi alma satisfecha.

MAT. ¿A hacer bien?

MARG. ¿Qué es lo que has hecho,
Fernando? (Con mucho interés)

JUAN Si se le deja
hablar, resulta un bendito.

MAT. ¿Qué te ha sucedido?

MARG. Cuenta.

FERN. Anoche fuí á jugar.
Enfrenté de mí, en la mesa.
un muchacho serio, pálido,
de distinguidas maneras,
jugaba fuerte. El dinero

suyo y el de todos era
para mí, que la fortuna
si niega ó concede es cerca.
Le miré con interés.
Jugaba. A cada moneda
que perdía, negra nube
de amargura y de tristeza
nublaba su frente blanca
con emoción tan intensa.
Lo perdió todo. Se fué.
No sé qué expresión siniestra
vi en su cara. Le seguí.
Se detuvo en la escalera,
amartilló una pistola,
se la aplicó á la cabeza.
Dí un salto, le quité el arma.
Mire sus pupilas llenas
de lágrimas Pregunté
y me habló. La historia eterna.
Cajero en un banco él;
su madre anciana y enferma;
agotados los recursos;
lindando con la miseria.
Para salvarla unos baños
en Alemania ó en Bélgica.
El dinero que jugaba
de la caja. Con su pérdida
la deshonra. Sus billetes
me arranqué de la cartera,
lo ganado á él y á todos,
hasta la última peseta
que llevaba, en sus bolsillos
lo fué metiendo por fuerza.
Me dió un abrazo nervioso,
de un empujón le eché fuera,
y allí me quedé llorando
como un chico de la escuela.
con las lágrimas más dulces
que he vertido en mi existencia.

MARG. ¡Eso es muy hermoso!

MAT. ¡Qué alma
tienes tan grande y tan bella!

JUAN ¡Señor, qué fatalidad!
Cuanto más mala cabeza

es un hombre, más les gusta
á las mujeres. Son ellas
así ¡Y el chico no es malo
y es muy simpático!)

MARG. (Piensa
y duda.)

JUAN (¡Pero marido
de mi Matilde, eso fuera
un crimen!) Mira, Fernando,
te perdono todas esas
locuras, mas por desgracia
hay cosas mucho más serias
y más hondas!

MAT. (¿Qué será?)

JUAN Y acostúmbrate á una idea
desde luego.

FERN. ¿A cuál?

JUAN Mi hija
no será, mientras yo tenga
autoridad, tu mujer.

FERN. ¡Tío!

JUAN Oiste tu sentencia

MAT. ¡Papá!

JUAN ¡Que es definitiva!

MARG. ¡Juan!

JUAN Y no hay quien me convenza.
Y ahora dejadnos, tenemos
que hablár.

FERN. (Bajo á Matilde.)
¡Mía, aunque la tierra
se oponga!

MAT. Tuya ó de nadie.
(Bajo y muy rápido.)
Ven luego.

FERN. Hablarte quisiera. (Idem.)

MARG. (Al pasar cerca de él y con cariño.)
¡Loco, loco!

FERN. ¡Desgraciado! (Muy triste.)

MARG. (¡Pobre! ¡Me da mucha pena!)
(Salen segunda izquierda.)

ESCENA VIII

DICHOS y MAURICIO

JUAN Siéntate aquí.
FERN. Ya me siento.
¿Para qué la conferencia?
JUAN Fernando.
(Entra Mauricio por el fondo.)
MAU. Muy buenos días.
JUAN ¡Oh, Mauricio! (evantándose.)
MAU. Si en reserva
hablaban...
JUAN No, pase usted.
Ven después. (Bajo á Fernando.)
¿Por qué no entra?
(Alto á Mauricio.)
FERN. Este es el que la destina
mi tío. Este es el que intenta
robármela No podrá,
que si me hostigan soy fiera.
JUAN ¿Qué dices?
FERN. Nada, hasta luego.
(¡Dios de su mano nos tenga!)
(Sale por por el fondo.)

ESCENA IX

MAURICIO y JUAN

JUAN Venga, siéntese á mi lado.
Charlemos.
MAU. Siempre hay materia
de hablar con una persona
de su gran inteligencia.
JUAN ¿Qué tal, señor ingeniero?
¿Van bien esas carreteras,
esos puentes y esos puertos?
MAU. Regular, no se presenta
mal el porvenir. Trabajo,
mas no tanto cual quisiera.

El trabajo es un deber,
es ley de naturaleza,
mas para mí es un placer
que el alma toda me llena.

JUAN (Es trabajador.)

MAU. Concluí
hace años ya mi carrera
y he visitado después
Holanda, Francia, Inglaterra,
los centros de producción,
donde se sabe y se enseña.

JUAN (Es ilustrado.)

MAU. Y me traigo
muchos proyectos, quimeras
quizás.

JUAN (Es emprendedor.)

MAU. Deseando para mi tierra
algo nuevo y algo grande,
algo que muy pronto pueda
regenerarla.

JUAN (Y es serio.)

MAU. Que esta patria, tan pequeña
hoy como ayer era grande,
sufre y calla y porque es buena
el cielo la da sus luces
más claras, en recompensa.

JUAN (Y no es sombrío)

MAU. En fin, traigo
planes, proyectos, ideas,
ambiciones, y es posible
que no llegue ó que no pueda.

JUAN (Y es modesto y es simpático,
y me gusta mucho, ¡eal)
Nada, pues á trabajar,
que es la obligación primera
del hombre; pero no todo
se lo ha de llevar la ciencia.
Hay que darle al sentimiento
una parte, y no pequeña.
Un hombre solo está mal;
le falta una compañera
para hacerse una familia,
que esa es la verdad suprema.

MAU. Sí, sí, cierto.

JUAN (Hay que insinuar,
porque estos sabios no aciertan
á hablar, y tienen la misma
timidez de una doncella.)
Aquí le apreciamos mucho.

MAU. Es justa correspondencia
del cariño que profeso.

JUAN Y del que nos da usted pruebas.
Viene con asiduidad.

MAU. Sí, vengo.

JUAN Noches enteras
pasa á nuestro lado.

MAU. Sí.

JUAN Viene con mucha frecuencia,
con mucha frecuencia.

MAU. Sí.

JUAN (Bah, yo creo que este era
el momento de decir:
«Don Juan: Yo vengo por esta
razón.» ¡Qué diablo de sabios!)

MAU. (¡Dios mío! ¿Qué es lo que piensa
este hombre?) Vivo tan solo...
Conocí á mi padre apenas;
no tengo madre; si tengo
parientes, no me recuerdan.
Hallo aquí calor, cariño...
¡es tan natural que venga!...

JUAN Y hace muy bien en venir.
Yo lo aplaudo, y lo celebra
mi mujer, que le apreciamos
mucho los dos, y se alegra
Matilde también.

MAU. (¡Matilde!)

JUAN Ya lo creo. (¡Y no se cuela!
Me tendré que declarar.
¡Vaya un papel!)

MAU. (¿Qué sospecha
este hombre? ¿Qué puedo decir?
¡En qué situación violenta
me voy á ver!)

JUAN (¡Que no rompe!)

MAU. (¡Qué complicación funesta!)

JUAN (A sabio le gana al otro;
á tener suelta la lengua
se queda atrás... ¡Pobre!... ¡Mudo!) (Pausa larga.)

LOLA (Entrando por el fondo.)
Señores...
MAU. (A tiempo llega.)

ESCENA X

DICHOS, LOLA, DON ALEJANDRO

JUAN Aquí otra vez.
LOLA Prometí
volver, y he dado la vuelta.
Adiós, Mauricio.
MAU. Señora...
Conque don Juan... (Despidiéndose.)
JUAN ¿Ya nos deja?
MAU. Ya tuve el gusto de verle.
Un trabajo que me apremia..
LOLA (¿Qué tendrá este chico? ¡Siempre
tristón! ¡Es un alma en pena!)
MAU. Adiós. (Sale por el fondo.)
JUAN (¡Y se va confuso!
Le ha asustado mi indirecta.)
¿Usted sola?
LOLA Sí, señor.
Me acompañó hasta la puerta
del «Capricho», prometiendo
esperar. Entré en la tienda
por un lado y me salí
por otra, y allí me espera.
Hoy no me pilla.
ALEJ. (Por el fondo, con unos papeles.)
Aquí estoy.
Vengo á cumplir mi promesa.
LOLA (¡Otra vez!)
ALEJ. Los figurines.
Tenía en mi casa media
docena ya dibujados,
y aquí los traigo de muestra.
Usté es Colombina...
(Enseñando los figurines.)
LOLA ¿Yo?
ALEJ. Va usté á estar...
LOLA Pero muy bella.

ALEJ. Usted Arlequino. (A don Juan.)
JUAN ¿Sí?
ALEJ. Yo, Pentalone. Esta griega,
Matilde; esta, Margarita.
JUAN Pase usted á que los vean.
ALEJ. Pasemos, sí.
LOLA Yo no voy.
JUAN ¿Cómo, Lola, usted se queda?
LOLA Y me marcho.
JUAN Pues adiós.
ALEJ. ¡Aleve!
LOLA ¡Pesado!
ALEJ. ¡Pérfida!
(Salen don Juan y don Alejandro por la segunda izquierda.)
LOLA ¡Qué hombre! ¡Yo gano la gloria,
por muy mala que yo sea!

ESCENA XI

LOLA, MATILDE por la primera izquierda

MAT. ¿Habrá vuelto? (Entrando con precaución.)
LOLA ¿A quién buscabas?
MAT. Venía...
LOLA ¿Conmigo esa
hipocresía? ¿No soy
quien oye tus confidencias?
Vienes á buscarle.
MAT. Sí.
LOLA Y á decirle cuatro frescas.
MAT. ¡Me tiene más triste!...
LOLA Vamos,
calla, que te pones fea.
¡Por cuatro calaveradas!...
MAT. ¡Cuatro!...
LOLA Ponle una docena.
MAT. Ha herido á uno.
LOLA ¡Pshi Eso
está en la naturaleza
humana. Nuestro Criador,
entre sublimes sentencias,
dictó una muy grande: «Amaos

los unos á los otros.» Y á la cuenta,
se equivocó el amanuense,
porque confundió las letras
y puso: «Zurraos los unos
á los otros.» Así, es esta
la que se obedece, y todos
andamos siempre á la greña.
¿Qué es un desafío? Nada.
Dos que pagan, seis que almuerzan.
Si fuera eso solo..

MAT. Hay más,
ya lo sé; ya sé que juega.

LOLA Eso tampoco le hace
antipático. El que encierra
el dinero, y lo atesora
y lo sepulta en la cueva,
el avaro es repugnante
y odioso para cualquiera,
pero el joven que lo gasta
y que lo da á manos llenas,
y que lo tira, no indigna.
Claro que se le condena
y todos le llaman loco,
pero con benevolencia.
Al dinero y las mujeres
que les dé el aire; les sienta
muy bien. Si fuera eso solo...

MAT. ¿Hay más?

LOLA Ojalá no hubiera.

MAT. Supones...

LOLA Yo no supongo.
Son las gentes las que inventan
y dicen.

MAT. Pero, ¿qué dicen?

LOLA Mujer, yo estoy en violenta
situación. Yo soy tu amiga
y debo ahorrarte tristezas
y disgustos; mas si yo
soy tu amiga verdadera,
debo hablar, porque saber
lo que ocurre te interesa.

MAT. Habla.

LOLA Mas después, el mundo,
que es injusto, nos moteja

y nos tilda de habladoras,
chismosas y malas lenguas,
gritando: ha sido la amiga;
en cuanto supo la nueva
le faltó tiempo, y es triste.
Pero si aunque una pretenda
callarlo, lo has de saber;
cuanto más pronto lo sepas,
mejor.

MAT. Sí.

LOLA Pones remedio.
Pides á quien te la deba
una explicación.

MAT. Sí, sí;
habla ya, que me atormentas.
¿Qué dicen?

LOLA Habladurías.
Lo cuento como lo cuentan.
En Madrid han hecho un barrio
que llaman la Guindalera.
En ese barrio, entre muchas,
hay una casa modesta,
más simpática y alegre,
con su jardín y su verja.
Un matrimonio, ya viejo,
hoy la habita y la conserva.
Son dos criados del padre
de Fernando.

MAT. Sí, Manuela
y Pedro.

LOLA Pues allí está
siempre él. Allí se le encuentra
á Fernando día y noche;
tiene imán la casa aquella.

MAT. Sí que es raro. ¿A que va allí?

LOLA La susodicha pareja
no vive sola.

MAT. ¿No?

LOLA Cuida
á un niño de edad aun tierna,
una pálida criatura
tan hermosa como enferma.

MAT. ¡Un niño!

LOLA Ese frágil sér
es quien le atrae y le lleva.

MAT. Nada me ha dicho.
LOLA Le oculta
con cuidado.
MAT. Eso da fuerza
á una sospecha.
LOLA Quizás
no sea verdad, y mientan
por gusto; ¡la fantasía
del vulgo es de una riqueza!
¡Tal vez no exista la casa,
el niño, la Guindalera
tampoco!
MAT. ¡Si fuese cierto!
LOLA ¡No lo será, no lo creas!

ESCENA XII

DICHOS, FERNANDO por el fondo

LOLA ¡El!
FERN. ¡Lola! (Saludando.)
LOLA (Llega á buen tiempo.
Ahora esta le hace una escena,
y él indignado y furioso
dirá, como si lo viera,
que se lo he contado yo,
que el vulgo es una ralea
muy mala. Yo me retiro.
Que se expliquen y se entiendan.)
Ya te dejo. (Bajo á Matilde.)
(Alto.) Adiós, Fernando.
¡Prudencia, mucha prudencia!
(Bajo á Matilde. Mutis por el fondo.)

ESCENA XIII

MATILDE y FERNANDO. Matilde de espaldas á él llora. El la obliga á volverse

FERN. ¡Matilde! ¡Llorando tú!
¡No dudes, no desfallezcas,
ten valor, no me atormentes!

¿Crees que hay alguno que pueda
separarnos?

MAT. Uno solo.

FERN. ¡Tú padre! Pues no le temas.

MAT. El, no.

FERN. ¿Quién?

MAT. ¡Tú mismo!

FERN. ¿Yo?

MAT. Tengo una horrible sospecha.

FERN. ¿Qué te han dicho?

MAT. Que en tu vida
hay una historia secreta.
Me han hablado de una casa
misteriosa que frecuentas.

FERN. Es verdad.

MAT. Nada me has dicho.

FERN. No.

MAT. Pues eso te condena.

FERN. Hice mal; pero tú duda
de todo sobre la tierra,
menos de mí, de mi amor,
de mi fe.

MAT. La duda es terca.

FERN. Oyeme y juzga.

MAT. ¡Ya te oigo,
y ojalá que me convenzas!

FERN. En una noche de Enero
deprisa á casa volvía.
La atmósfera bajo cero,
un espantoso agüacero
la capa me retorcía.
De pronto un niño á mi lado
corre, y pide acongojado.
Rechazo al pobre mendigo.
—Que Dios te ampare—le digo
y prosigo apresurado.
Mas su presa no se escapa
ni él acepta la derrota,
hace un esfuerzo, me atrapa
y sigue trota que trota,
cogido terco á mi capa.
Andamos un largo trozo,
de impaciencia me consumo,
me paro, bajo el embozo,

y me hallo con un buen mozo
de cinco años á lo sumo.
Con descaro me miró.
—¿Quién eres?—Le pregunté.
Y él me dijo.—¡Qué se yo!
—¿Tienes padre?—Creo que no.
—¿Y madre?—Pues no lo sé.
—¿Tienes casa?—Me han echado.
—¿La tuviste?—La tenía.
—¿Sabrás volver?—Me he estraviado
—¿Qué edad?—No sé.—No sabía
nada aquel ser desgraciado.
Y á la incierta oscilación
de un farol, que medio á oscuras
nos tiene, con emoción
ví un rostro de líneas puras
y suprema distinción.
¡Hola! Murmuré muy bajo.
Aunque eres hijo del vicio
no eres de los que á destajo
engendrá el vicio de abajo
para pasto del hospicio.
Eres una prueba viva
de un crimen, algún detalle
que estorba; y que compasiva
lanza la maldad de arriba
en la mitad de la calle.
Y el niño me suplicaba,
y el huracan sacudía
su melena y se mojaba
su rostro, que ya cubría
el llanto que derramaba.
Conmovido me sentí,
en mis brazos se miró,
y murmuré para mí:
¡Este me le llevo yo
á mi casa, porque sí!
Y por miedo á los furores
de las lenguas maldicientes,
le oculté de sus rencores
cerca de unas pobres gentes
que me deben mil favores.
Me atacan sin compasión.
Me acusa tu voz querida,

porque hice una buena acción;
que el hacer bien en la vida
alcanza este galardón.
Aprende, niña, en mi duelo.
Si virtud en tí se encierra
y hacer el bien es tu anhelo.
¡Haz el bien, y mira al cielo,
y no pienses en la tierra!

MAT. ¡Fernando, perdóname!
¡Tienes un alma muy bella
y un corazón generoso!
¡Necio el que no te comprenda!
¡Creo en tí!

FERN. ¡Matilde mía!

MAT. Seremos los padres de esa
pobre criatura.

FERN. ¡Y de otras!

MAT. ¡Cállate, que me avergüenzas!

FERN. Si es que Mauricio...

MAT. Mauricio
no me quiere.

FERN. Pues las señas.

MAT. Nunca me ha dicho.

FERN. Aunque calle,
si no habla, quizás sienta.

MAT. Las mujeres presentimos
el amor; ve la más ciega.
La mirada que acaricia,
la mano que nos aprieta,
un gesto, basta. Ese hombre
tiene sólo indiferencia
para mí.

FERN. Pues, ¿á qué viene?

MAT. ¡Yo no sé lo que proyecta!

FERN. Matilde, á mí los engaños
y las farsas me sublevan;
pero á veces es preciso
mentir. Cuando nos rodean
peligros y nuestra dicha
corre tempestad deshecha.
¿Qué importa el medio? ¡Vivir,
salvarse, es la ley suprema!
Si resistimos, perdidos.
Me pueden cerrar las puertas.

No te veré. Dí que cedes,
que te resignas, que aceptas
cuanto tu padre propone.
Sálvame. De esta manera,
quizá descubra á un traidor
que alguna ocasión acecha.

MAT. Diré que te odio. ¡Amor mío,
te aborrezco!

FERN. ¡Así te mueras
en mis brazos en el año
mil novecientos ochenta!

MAT. ¡Tan pronto!

FERN. Tu padre viene.
Empecemos la comedia.

ESCENA XIV

DICHOS y DON JUAN

JUAN (¡Solos!)

MAT. Sí, Fernando, sí.
Es muy justo que obedezca. (Con gran seriedad.)

FERN. ¡Matilde! (Suplicando.)

MAT. ¡Quiere mi dicha!
Cuando un padre pide, ordena.

JUAN (¡Bien dicho, pero muy bien!)

FERN. Aunque el corazón protesta (Con solemnidad.)
y se rebela, es tu padre
y acato yo la sentencia.

JUAN (¡Bravo!)

MAT. Seremos amigos. (Con dolor.)

FERN. Amigos, sí. (Resignado.)

JUAN (Amigos, sea.)

FERN. Y ahora, ¡adiós! (Sale precipitado por el fondo.)

JUAN (¡Gracias á Dios!)
¡Toma un abrazo!. . ¡Por buena!
(Corre á su hija y la abraza con efusión.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La fachada de un hotel en el fondo: delante jardín que se extiende en todas direcciones. En el hotel gran ventana en el piso bajo, y á derecha é izquierda puertas con dos ó tres escalones delante. En el jardín cenador en el proscenio izquierda, con mucho ramaje que le prestan espesa sombra y una puertecita en el proscenio derecha. Sillas en el cenador, bancos en el jardín y aparatos de luz eléctrica.

ESCENA PRIMERA

FERNANDO.—Es de noche. Iluminado débilmente el jardín y espléndidamente el hotel. Fernando entra por la izquierda primer término y pasa delante del cenador

Está el baile en su apogeo.
(Por la ventana rasgada del piso bajo se ven las sombras de los que pasean ó bailan. Fernando vestido de frac.)
Allí estará, rodeada
de muchos, y en mí pensando.
Envidia tengo de todos;
del que se siente á su lado,
del que escuche una palabra
de sus dulcísimos labios;
del que roce su cintura
ó del que toque su mano.
¿A qué vendrá ese Mauricio?
¿Será un traidor solapado,
un hipócrita? Al notar

mi ausencia, ¿la dirá algo?
No importa. Tengo su amor.
Pierde el tiempo el mentecato.
Hay que seguir la comedia.
Para ir á la fiesta aguardo
hasta el último momento.
Entro tarde, voy de paso,
atravieso los salones,
saludo y me voy. En pago
ella, buscando un pretexto,
un instante aprovechando,
vendrá á mi encuentro, y aquí
podré estrecharla en mis brazos,
en el cenador amigo,
donde nos hemos jurado
tantas veces un amor
eterno, infinito y santo.
(Por la puerta de la derecha salen del hotel Enrique y Luis.)
Viene gente... Vuelvo á casa
en silencio, atravesando
mi jardín, y aquí otra vez
en cuanto esté libre el campo.

ESCENA II

ENRIQUE y LUIS. Vestidos con traje de época.

ENR. ¡Qué calor en esa sala!
LUIS ¡Y qué noche! ¡De verano!
ENR. A descansar.
LUIS A fumar
lo que dura el entreacto.
Un buen *mozo*. (Ofreciendo un cigarro.)
ENR. ¡Para otro
buen mozo!
LUIS ¡Qué mamarracho!
ENR. ¡Vaya una fiesta!
LUIS ¡Magnífica!
ENR. Ese salon es un cuadro
digno de Velázquez: trajes
preciosos, rostros simpáticos,
y bustos hechos á torno,

y brazos bien modelados,
y el principio de unas piernas
que enloquecen al más santo.

LUIS ¿Y tú de qué vas?

ENR. De Enrique. (Vacilando.)
Me dije: Enrique me llamo,
pues Enrique; de manera
que este es un Enrique cuarto,
ó este es un Enrique séptimo,
ó este es un Enrique octavo.
¿Y tú?

LUIS ¿Yo? La misma idea. (Riendo.)
Después de mucho pensarlo
dije: soy Luis, pues de Luis.
Así que este ciudadano
es un Luis décimo tercio,
ó es un Luis décimo cuarto,
ó diez y seis, ó dieciocho,
ó veinte, si es que hubo tantos.

ENR. ¡Cómo molesta la espada!
¡Qué chafarote!

LUIS Es un trasto
incómodo.

ENR. Es un estorbo.

LUIS Y sobre todo bailando.
Yo he hecho mil atrocidades.
Rompí faldas, he pinchado
rodillas y pantorrillas,
y hasta he repartido palos.

ENR. ¿Pues no es mejor un revólver?

LUIS ¡Estaban muy atrasados!

ENR. ¡Qué buen cigarro! ¡Qué aroma!

LUIS Es un legítimo habano.

ENR. Oye, ¿fumaría este
Enrique?

LUIS No. Si el tabaco
lo trajo Colón de América
cuando volvió con sus barcos.

ENR. Y entonces; ¿en qué pasaban
aquellas gentes sus ratos
de ocio?

LUIS Prelados y nobles
tomaban rapé.

ENR. ¡Qué asco!
¿No es mejor un buen veguero?

LUIS ¡Estaban muy atrasados!
ENR. Yo he visto en algún museo
la tabaquera de Carlos...
LUIS ¿Cuál?
ENR. De un Carlos, y la caja
de fósforos.
LUIS Y el retrato
del Guerra.
ENR. Que es positivo.
LUIS Ya lo creo, y dedicado.
Estamos haciendo falta,
Enrique.
ENR. Pronto acabamos.
LUIS Pepita estará impaciente
y Rosa me está aguardando.
ENR. Pues que aguarden y que sufran,
que nos merecemos ambos
eso y más.
LUIS El cotillón
va á empezar.
ENR. Entonces vamos.
Hago falta, yo dirijo.
Soy maestro consumado.
LUIS Para cotillones, tú.
ENR. Digo, el hombre necesario.
LUIS Y para saber historia.
ENR. No sé mucha, pero en cambio
sé historias, muchas y graves,
la mejor, la del escándalo.
LUIS Vamos.
ENR. Espérate un poco.
LUIS ¿Qué es ello?
ENR. Que yo no bailo
con la tizona, no puedo.
Con este mandoble al lado
yo no puedo dirigir
el cotillón, yo me caigo.
No entro con él en la sala.
LUIS Pues déjalo en ese banco.
(Enrique deja la espada en un banco que habrá á la derecha cerca de la puertecita del proscenio.)

ESCENA II

DICHOS, DON JUAN, LOLA. Bajan por la puerta derecha del hotel. Ella de charro. El de frac.

JUAN Pero señores, ¿y el baile?
¿Qué hacen aquí?
ENR. Me preparo
para el cotillón. No puedo
andar con este artefacto.
Quisiera yo ver al Cid
con esa espada bailando
una polka. Ahí queda eso.
Renuncio. Se la regalo
para una panoplia.
JUAN Gracias.
LUIS La hoja es buena.
JUAN ¡Qué muchachos!
(Suben y entran en el hotel por la puerta de la derecha.)

ESCENA III

DON JUAN, LOLA.

LOLA ¡Tuvo usted la gran idea!
¡Cuánto le agradezco, cuánto,
haberme sacado aquí
á respirar! Me achicharro
en ese salón, y ese hombre
no me deja. ¡Aquí descanso
de todo!
JUAN No lo agradezca.
Un motivo interesado
me mueve á traerla aquí
donde solos nos hallamos.
Deseaba hablar con usted
de un asunto reservado.
Dentro no es posible. Aquí
no vendrán á molestarnos.

LOLA ¡Ay! Don Juan ¿de qué se trata?
Me pone usted en cuidado.
Yo soy curiosa.

JUAN Se trata
de Margarita. Hace un año
que usted nos conoce; en ese
breve tiempo se ha ganado
sus simpatías. La quiere
y la atiende.

LOLA Congeniamos.

JUAN Puede usté hacerme un favor
muy grande.

LOLA Pues hable claro.

JUAN Yo en mi mujer noté siempre
desde el día de casados,
cierta seriedad impropia
de su edad; pero al notarlo
no lo extrañe. Creí que era
su carácter; y al contrario
me alegré, porque iba bien
con el mío, reposado
y grave. Era otro atractivo
que aumentaba sus encantos.
Pero esta noche, Dolores,
su seriedad me ha hecho daño.
En medio de la expansión,
del bullicio, del escándalo,
ella grave. Entre cien rostros
felices, iluminados
por loca alegría, el suyo
se destaca triste y pálido.
Si se ve joven y hermosa
y llena de mil halagos,
¿por qué nubes de tristeza
nublan sus ojos rasgados?
Me quedé como ella, serio,
y al fin, pensando y pensando
llegué á la duda.

LOLA ¿A qué duda?

JUAN ¡Algo triste, muy amargo!
Si al mirar á tantos jóvenes
lujosamente ataviados,
que con el traje parecen
más jóvenes y gallardos,

y el verme vestido así,
que á la altura de mis años
no van bien galas, ni plumas,
ni terciopelos, ni rasos,
¿el contraste la habrá herido?
Sí, acaso me habrá encontrado
mucho más feo y más viejo
y ridículo, y llorando
pensará ya arrepentida
que ha sido un error muy craso
entregar al rudo invierno
esplendores del verano.

LOLA ¡Ay! don Juan, está usted loco,
pero loco rematado.
¿Usted viejo? Tiene usted
un volcán dentro del cráneo.
¡Vaya una imaginación!
¡Qué delirio! Es un caballo
desbocado. Su mujer
le adora. ¿Cómo dudarlo?
No habla de usted con cariño,
porque habla con entusiasmo,
con pasión. ¿Pues qué más quiere
en los tiempos que alcanzamos,
una muchacha que unir
su suerte y tender su mano
á un señor mayor?

JUAN Señora.

LOLA Mal dicho está; pero vamos,
se dice así. Y es verdad.
Los jóvenes son ingratos.
Pasado el primer momento,
la explosión, nos van dejando
poco á poco, los amigos,
los negocios, los teatros,
el club. Pero si elegimos
un hombre serio, ya entrado
en años, ese no nos deja
jamás, ese es nuestro esclavo,
servicial, humilde, atento.
El hombre vive escamado,
pues le dice la experiencia
que la diferencia de años
es un peligro tremendo.

JUAN Me va usted tranquilizando,
señora.
LOLA No para usted.
Margarita es un dechado
de esposas y es muy feliz,
y yo lo fuí por espacio
de mucho tiempo, enlazada
á un hombre de edad, no anciano,
un... un señor mayor.
Aquel sí... no me retracto...
¡Tan mayor, que se murió!
No sea usted hipocondriaco,
ni agorero, ni sombrón,
y no se preocupe tanto.
JUAN ¿Pues qué tiene?
LOLA Cualquier cosa.
Los nervios. Son bichos raros
las mujeres. Muchas veces
alegres nos acostamos,
y por la mañana, ¡furias!
¿Por qué? Quién puede explicarlo.
Algún disgusto casero.
No se atreve á confesárselo
á usted; mas yo lo sabré.
JUAN Sí, sí, por eso la llamo,
y la busco. Usté es su amiga.
LOLA Eso es muy fácil.
JUAN Volvamos
al salón.
LOLA Bueno.
JUAN Y mañana...
LOLA ¿Mañana? Usted ha olvidado
quien soy yo, señor don Juan.
¡Concederme veinticuatro
horas para averiguar
una cosa! Yo le saco
á usted de penas hoy mismo.
JUAN ¿Es posible?
LOLA Nos citamos
aquí dentro de una hora,
y duerme usted descansado
esta noche.
JUAN ¿Usté es capaz?
LOLA Vaya, y no es ningún milagro.

JUAN Pues aquí.
LOLA En el cenador. (Con misterio.)
JUAN Como dos enamorados.
LOLA Eso no, usted su mujer
y yo aquél, ¡y ya no caigo!
Le quise bien y me quiso,
y la viudez es estado
perfecto. Yo así, ante todas
mis amigas lo proclamo,
y se lo aconsejo á todas,
¡viudas, viudas, chicas!
JUAN ¡Diablo!
¿A Margarita también?
LOLA Esa no me haría caso.
Vamos, ya se ríe. Gracias
á Dios y á todos los santos.

ESCENA V

LOLA, DON ALEJANDRO por la puerta izquierda del hotel, vestido de moro

JUAN La buscan. Me voy.
LOLA (¡Dios mío!)
JUAN (Bajo á don Alejandro.)
Ahí se la dejo y me marcho.
Soy discreto.
ALEJ. Muchas gracias.
(Mutis don Juan por la puerta derecha del hotel.)
Dolores. (Adelantandose.)
LOLA Don Alejandro.
ALEJ. Mire usted en derredor.
Un jardín embalsamado,
los dos, la noche, una casa,
Margarita usted, yo Fausto.
LOLA ¡Usted Fausto y con turbante!
¿Pero á usted quién le ha engañado
y le ha vestido con ese
traje tan estrafalario?
ALEJ. ¿No es este el que á usted le gusta?
LOLA ¿A mí?
ALEJ. Si yo lo he escuchado
de su boca.
LOLA Cuando niña,

me asustaba á mí un morazo
que andaba por esas calles
y á las que todas llamábamos...

ALEJ. ¿Cómo?

LOLA El moro de los dátiles.
Está usted pintiparado.

ALEJ. No me ofenda usted, señora,
porque es muy alto mi rango,
pues yo soy Boabdil el chico.

LOLA ¿Usted? Usté es Pepe el Largo.

ALEJ. Espéreme usté un momento,
vuelvo vestido de charro,
que por agradar á usted
veinte veces me disfrazo.

LOLA Otro le irá mejor.

ALEJ. ¿Cuál,
señora?

LOLA Más apropiado.

ALEJ. ¿Cuál es?

LOLA De mosca.

ALEJ. De abeja,
para libar de esos labios
la miel.

LOLA Páselo usté bien. (Medio mutis.)

ALEJ. Sin usted, ¿cómo pasarlo
bien? (Siguiéndola.)

LOLA Pero, ¿dónde va?

ALEJ. ¿Donde? Siguiendo sus pasos.
«El que la sigue, la mata»,
dice un refrán castellano.

LOLA Si la que le mata á usted
soy yo.

ALEJ. ¡Me mata!

LOLA ¡Le mato!
¡Le odio!

ALEJ. Me alegro, que odiar
y adorar se dan la mano.

LOLA Adiós.

ALEJ. Me debe una polka.

LOLA Bien.

ALEJ. Y el vals que están tocando,
y el cotillón, y me debe
la vida que me ha quitado.

(Entran en el hotel por la puerta de la izquierda. Delante, Lola, y detrás, don Alejandro.)

ESCENA VI

MATILDE, después MARGARITA, luego MAURICIO

MAT. (Por el jardín, derecha del hotel. Vestida á gusto de la actriz.)
Me retiré al tocador
con un pretexto cualquiera,
y di la vuelta por fuera.
Me espera en el cenador.
Puntual á la cita soy
y amante me esperará.
¡Pues no hay nadie! ¡Pues no está!
O viene pronto, ó me voy.
(Entra en el cenador y se sienta.)

MARG. ¡Qué ruído, qué confusión,
(Margarita por el jardín izquierda del hotel. Traje de capricho.)
qué antipático bailar!
Necesito respirar.
Me ahogo en ese salón.
Aire puro necesita
mi pobre frente, que arde.
¿Qué me pasa? ¡Soy cobarde!
¡Tengo miedo!
(Se acerca al cenador, pero no entra. Mauricio baja del hotel por la puerta de la derecha y se aproxima á Margarita, que está con la cabeza baja. Lleva traje de época.)

MAU. ¡Margarita! (Bajo.)

MARG. ¡Mauricio!... ¡Mauricio! (Asustada.)

MAU. El nombre
del único á quien tú amas.
¿Por qué me huyes, si me llamas?

MAT. (¿Qué es lo que dice este hombre?)
(Levantándose.)

MAU. Favor tu voz me pedía.
Ya me tienes á tu lado.
Vengo porque me has llamado,
mi prometida de un día.

MAT. (¡Qué triste revelación!)

MARG. Cállate, si me quisiste.

MAU. La carta que me escribiste
va sobre mi corazón.
«Soy víctima del dinero, (Recordándola.)
—decías—y la codicia.
Me casan, por avaricia,
con un hombre á quien no quiero.
Tú toda mi fuerza eres,
porque yo no sé luchar.
Ven, si deseas salvar
á la mujer que tú quieres.»
Enfermo grave caí,
meses y meses luché;
por fin, de mi mal triunfé,
y, aunque tarde, estoy aquí.
De su derecho hace alarde
el que tu mano ha comprado;
pero tarde no he llegado,
aunque he llegado muy tarde;
pues sabrán dejar mis bríos
mis derechos satisfechos,
que no valen sus derechos,
si estaban antes los míos.

MARG. ¡Calla! ¡Por Dios te lo digo!
Pueden oir.

MAT. (¡Qué traidora!)

MAU. Déjame hablar, que hasta ahora
no me vi á solas contigo,
y el corazón harto está
de callarse.

MARG. No es prudente.
Nos pueden ver. Vendrá gente.
Me echarán de menos ya.

MAU. Comprometerte no quiero.
Luego, más tarde, mi bien,
cuando todos duerman, ven,
que aquí en la sombra te espero;
aquí, silencioso, alerta,
amante y enamorado.

MARG. ¿Cómo aquí?

MAU. Me he procurado
una llave de esa puerta.
(Señalando la puertecita de la derecha.)
Jura que estás decidida
á ofrecer á quien alcanza

tu cariño una esperanza
que alargue un poco su vida.

MARG. ¡Por Dios, Mauricio, por Dios!
¿Qué pretendes?

MAU. Mía eres.
Por esa puerta, si quieres,
podemos huir los dos.

MAT. (Con voz ahogada.)
¡Eso no, no, Margarita!

MARG. ¡Dios mío! ¿No has escuchado?

MAU. Yo, nada.

MARG. Sí, me han llamado.

MAU. Desvarías.

MARG. ¡Vete! ¡Quita!
Claro y distinto lo oí.
En el cenador hay gente.

MAU. Hasta luego.

MARG. Sé prudente.
Tú por ahí, yo por aquí.
(Mutis Margarita por el jardín, izquierda del hotel. Mauricio por la puerta izquierda del mismo.)

ESCENA VII

MATILDE, FERNANDO, LOLA

MAT. ¡Dios mío! ¿Será posible?
Lo he escuchado y no lo creo.
(Llora. Fernando por el jardín, proscenio izquierda.)

FERN. ¡Matilde mía, aquí estoy.
Pero, ¿qué tienes? ¿Qué es eso?
¡Tú llorando!

MAT. Yo no lloro.

FERN. Lágrimas son las que veo,
las que tus ojos empañan,
las que me nublan el cielo.
¿Te hice esperar? ¿Llegué tarde?

MAT. ¡No, déjame!
(Lola sale del hotel por la puerta de la derecha.)

LOLA Por ti vengo,
que pueden notar tu ausencia.
¡Ay, qué enamorados estos!
Pero, Matilde, ¿qué tienes?

¡Adiós, ya la está usté haciendo
llorar!

FERN. ¿Quién? ¿Yo? No, señora.

LOLA ¡Jesús! ¡Qué hombres! Los detesto!
Alguno la habrá contado
aquello. (Bajo á Fernando.)

FERN. ¡Bah! ¿Qué es aquello? (Idem.)

LOLA Pues lo de la Guindalera,
lo del niño. (Idem.)

FERN. Eso es ya viejo,
y está explicado.

LOLA ¡Explicado!
¿Es por eso?
(A Matilde, con mucho cariño.)

MAT. No es por eso,
no es lo de la Guindalera.
(Sollozando.)

FERN. Señora, ¿lo está usted viendo?

MAT. No es eso, es peor. (Idem.)

LOLA ¿Peor?
¿Ve usted? ¡Qué gracioso! Ha hecho
otra peor.

FERN. Yo, Matilde,
pues juro que no lo entiendo.

LOLA ¿Ha recogido otro niño?
(A Matilde, muy cariñosa.)

MAT. ¿No es eso?

LOLA Tampoco es eso.

FERN. Soy inocente.

LOLA ¿Inocente?
¡Ay, qué lástima de un nuevo
Herodes!

FERN. ¡Habla, por Dios!

LOLA Sí, mujer, no hagas pucheros,
y dí.

MAT. ¡No es él!

LOLA No es usted.

FERN. Es claro. Estaba yo cierto.
No soy yo.

LOLA Pues es milagro.
¡Porque es usted de lo bueno!
Si no es él, ¿quién es?

FERN. ¿Tu padre?

MAT. ¡Ay, mi padre! (Rompiendo á llorar otra vez.)

LOLA ¡Qué misterio
es este!
FERN. ¡Me vuelvo loco!
¡Habla!
MAT. ¡No puedo, no puedo!
LOLA Es tu padre.
MAT. ¡No es mi padre!
FERN. Pues ¿quién es?
MAT. Pues es... No, luego.
FERN. Ahora.
MAT. ¡A tí sola, á tí sola!
FERN. ¡A ella! Para mí secreto
tu corazón.
MAT. ¡Solo á tí! (A Lola.)
LOLA Solo á mí. ¡Váyase lejos
y déjela ya tranquila,
que la está usted afligiendo
y apurando!
FERN. ¿Te ha faltado
alguno? ¡Tengo derecho
de saber!
LOLA ¡Nadie ¡A mí no!
FERN. ¡A tí no! Del mal el menos.
LOLA ¿Pues á quién?
MAT. Es que... Mauricio...
FERN. ¡Mauricio! Si ese no es bueno! (Muy violento.)
Le conocí. Es un hipócrita
y un falso, y un traidorzuelo!
¡No sé que ha podido hacer
y no quiero ni saberlo;
pero paga con su vida
el llanto que estás vertiendo!
LOLA Vamos, cállese usted ya.
¡Qué hombre este! ¡Jesús qué genio
tan endemoniado y súbito!
Parece usté esos muñecos
de los niños, encerrados
en una caja y sujetos
por un pestillo. Se corre
el pestillo, y con los pelos
de punta da un salto un tío
que está agazapado dentro!
FERN. ¿Qué ha hecho ese hombre? (Furioso.)
MAT. Pues ese hombre...

FERN. Sin llorar.
MAT. Ya me sereno.
MAT. Ese... ¡A tí sola, á tí sola!
LOLA No insista usté.
FERN. Es que yo quiero
saber.
MAT. ¡Si no puede ser!
LOLA ¡No sea usted indiscreto!
¡No puede ser! ¡Ya lo ha oído!
No sea tonto. Se lo cuento (Bajo y rápido.)
después. Vamos, ven aquí.
En este banco, sentémonos.
Tú me hablas, y yo te escucho,
y usted se da unos paseos.
(Se sientan en el banco y hablan en voz baja. Fernando se pasea nervioso.)
FERN. (El asunto ha de ser hondo
y trascendental y serio.
Matilde llora, y no es
mujer de pocos alientos.)
LOLA ¡Jesús!
FERN. ¡Y dice Jesús,
Dolores!
LOLA ¿Qué estoy oyendo!
¡Qué me dices!
FERN. ¡Y se asombra!
LOLA Oiste bien. ¿No es un sueño?
FERN. (Pues Lola es también mujer
que tiene temple de acero
y no se asusta de nada.
Cuando así se admira es ello
algo grave. ¿Qué será?
¡Uf, cómo tengo los nervios!
¡Y otra vez llora!) ¡Matilde,
no me atormentes! No puedo
oirte llorar. Que la sangre
se me agolpa en el cerebro
y voy á volverme loco
y como suba arremeto
con todos!
LOLA ¡Qué atrocidad!
¡Otra vez salió el muñeco
de un salto! ¡En ese salón
va usté á entrar á sangre y fuego.

¡Qué casualidad! Aquí
á propósito le han puesto
un espaducho!

FERN. ¡Señora!
No se burle.

MAT. Allá me vuelvo.
Tú no digas.

LOLA Sé prudente,
y sobre todo...

MAT. No pienso
separarme de él.

FERN. ¿De quién?
¿Qué vas á hacer?

MAT. Lo que debo.
Buscar á Mauricio, hablar
con Mauricio.

FERN. ¡Tú! ¡Yo sueño!

MAT. Bailar con Mauricio...

FERN. ¡Tú!
¡Oye! ¡Espera!

LOLA ¡Quieto, quieto!

(Matilde entra en el hotel por la puerta de la derecha.)

ESCENA VIII

LOLA y FERNANDO

FERN. Aclárame usté el enigma,
hable usted, señora. Tengo
su palabra. A mí las dudas
me asesinan. Busco, anhelo
la verdad por cruel que sea.

LOLA Así lo haré; mas, primero,
me va usted á prometer
dominar algo ese genio
y echar muy bien el pestillo,
no nos dé ese caballero
otro susto.

FERN. Así lo haré.
Tendré calma. Lo prometo.

LOLA Esta usted de enhorabuena.

FERN. ¿Yo, Lola?

LOLA Tenía miedo

por usted. Si el tal Mauricio
seguía en sus galanteos,
si el padre, que le proteje,
daba su consentimiento,
si Matilde en una hora,
de esas que todas tenemos
de debilidad, cedía,
estaba usted, sin remedio,
perdido.

FERN. ¡Eso no, eso nunca!
¡Es mía! ¡Lo quiere el cielo!

LOLA Pero Mauricio no viene
por Matilde.

FERN. Lo celebro.
No me asustan los obstáculos;
pero es mejor no tenerlos.

LOLA Si viene es por Margarita.

FERN. ¡Por Margarita!

LOLA ¡Silencio
Matilde en el cenador
esperaba al mal sujeto
de su primo. Ellos llegaron,
hablaron, estuvo oyendo.
¡Están en inteligencia
los dos!

FERN. ¡Los dos! No lo creo
en Margarita, tan seria
y con un fondo tan bello.
¡Y me dice usted, señora,
tranquila y casi riendo,
que yo estoy de enhorabuena!
¡De pésame! ¡Es día negro
para mí! Mi pobre tío
ha sido un poco severo
conmigo; mas con razón.
¡Yo le quiero y le respeto!
Es mi padre. ¡Y el infame
que toque á un solo cabello
de su cabeza, á mis manos
ha de morir como un perro!
¡Faltarle mientras yo exista!
¡Entre él y ese aventurero
habrá siempre una muralla
que le defienda: mi pecho!

LOLA Vamos: ahora está usted bien.
Ese arrebato es sincero
y es generoso, y da prueba
de sus nobles sentimientos!

FERN. En fin, ya llegó á noticia
de los dos que le queremos
y le sabremos salvar,
sin que él sospeche un momento
siquiera.

LOLA Eso es ya difícil.

FERN. ¿Por qué?

LOLA Alguno con el cuento
le ha de ir. Esa es la humana
naturaleza. Y no hay medio
de que usté evite...

FERN. Señora...

LOLA Yo no. Es claro. No me meto
en cosas tan delicadas.
Yo soy un sepulcro.

FERN. (Abierto.)

LOLA Pero algún amigo, otra...
Y en fin, Fernando, yo tengo
mis teorías.

FERN. ¿Cuáles son?

LOLA Yo creo que debe saberlo.

FERN. ¡Saberlo!

LOLA Naturalmente.
Se trata de un devaneo,
de un capricho. Que lo sepa
y que ataje el mal á tiempo.
La mujer es un ser débil,
su misión es sostenerlo,
ya que es fuerte, traerle al bien
antes que se vaya lejos.
El mal es irreparable
y ya no tiene remedio.
Pues que no lo ignore. El mundo
lo ha de saber, y el desprecio,
y las risas, y las burlas,
serán el triste cortejo
del marido, á quien deshonra
un ridículo tremendo.
Pero lo sabe, procede
altivo, digno y enérgico;

lo cómico se convierte
en trágico, y el maltrecho
marido vuelve á ser hombre
digno de todo respeto.
Yo no se lo he de decir,
es claro.

FERN. (¡Yo no te creo!
Tú se lo dices, y yo...
¡Yo te retuerzo el pescuezo!)

LOLA Mas si alguno, sin tener
mala intención, por supuesto,
va y le dice... No obrará
mal, créame usted.

FERN. Pues lo entiendo
yo de otro modo, y si alguno,
chismoso, hablador y necio,
empieza á hablar y estoy cerca,
no concluye.

LOLA No podremos
evitarlo... Es muy difícil.
Y el caso es que yo me veo
en un compromiso.

FERN. ¿Usted?

LOLA Aquí vino hace un momento
don Juan; me habló de su esposa.
Le preocupa el triste sello
de su cara. He prometido
interrogarla. Le espero
en el cenador. Vendrá
y entonces...

FERN. Tiene usté ingenio.
Invente usté algo.

LOLA Y si él
no se da por satisfecho...
Y si insiste, y si me turbo,
y si la emoción que siento
me hace traición, y si él
que tiene años y no es lerdo
sospecha...

FERN. (¡Está deseando
contárselo!)

LOLA ¡Le tenemos
aquí ya! ¡Qué compromiso!

FERN. Esta no habla. Me la llevo.

ESCENA IX

DICHOS y DON JUAN. Don Juan por la puerta de la derecha del hotel

JUAN Señores...
FERN. Me debe un vals.
Ahora estoy en mi derecho.
JUAN Tenemos que hablar.
LOLA Vendré.
FERN. (Le ha hablado. ¡Yo no la suelto!)
(Mutis por la puerta de la derecha del hotel.)

ESCENA X

JUAN; después MARGARITA

JUAN Cada vez estoy más triste,
más nervioso, más inquieto.
He observado á mi mujer.
Cuando la hablan, con esfuerzo
contesta con monosílabos.
Si baila, es con movimientos
de autómata. Abandonó
elsalón. La fuí siguiendo.
Buscó un cuarto retirado
de todo bullicio lejos,
se apoyó en la chimenea,
dobló su flexible cuerpo,
hundió la cara en las manos
y lloró. Ví entre sus dedos
sus lágrimas. Llegó gente
y abandoné el aposento.
¿Por qué llora mi mujer?
¿Qué dolor es ese intenso,
que no quiere rebelarme
y la abrasa con su fuego?
Si consejo necesita
ó protección ó consuelos,
¿por qué no me llama?
(Asomándose á la puerta izquierda del hotel.)

MARG. ¡Juan!
JUAN Margarita.
MARG. Estás huyendo
de mí.
JUAN De tí. ¡Qué locura!
MARG. ¿Qué haces ahí?
JUAN Bajé un momento.
¡Tenía mucho calor!
MARG. Ven á mi lado. Deseo
verte.
JUAN Voy.
MARG. Hablar contigo.
JUAN (Va á confiarme su secreto.
Hace bien. ¿A quién mejor
que á mí, que tanto la quiero?
(Suben izquierda del hotel.)

ESCENA XI

FERNANDO baja precipitadamente por la puerta derecha del hotel.

Se me escabulló en la sala.
Ahora bajará corriendo
á buscarle y á contar...
Tiene un secreto en el cuerpo
y hay que echarle, pero pronto,
que un secreto es un veneno
para una mujer. (Va al cenador.)
¡No está!
¡Qué idea! Los dos tenemos
el mismo traje. Es él alto
y yo, y él grueso y yo grueso.
El cenador está oscuro
(Apaga la luz que está más cerca del cenador que queda casi á oscuras.)
Apago esta luz. Me siento.
Bien puedo pasar por él,
si hablo bajo. Buen proyecto,
sí, que me lo cuente á mí
y que desahogue ese pecho.

ESCENA XII

FERNANDO, LOLA. Sale por la puerta de la derecha del hotel.

LOLA ¡Qué noche! ¡Estoy divertida!
¡Antes de uno, y ahora huyendo
de dos! Del loco de atar
de Fernando, y del rifeño.
Y Fernando se equivoca.
Pobre don Juan. No podemos
dejar que viva en el limbo.
Y que el mundo esté riendo
á carcajadas. Callar
es un crimen. No cometo
un crímen así, costándome
un trabajo tan pequeño
hablar. Yo sabré decirlo,
con los precisos rodeos
y salvedades. Está.
(Se acerca y ve a Fernando,)
Me espera. Vamos con tiento.
Don Juan. (Acercándose y bajo.)

FERN. (Muy bajo y fingiendo la voz.)
¿Qué?

LOLA ¡Ya estoy aquí!

FERN. ¡Chist!

LOLA No tema usted, me quedo
á la puerta vigilando.
Y atenta desde aquí veo
si baja alguno, y si baja
(Fernando sentado, apoyado el codo en el veladorcito y oculta la cara con la mano. Lola en otra silla casi fuera del cenador, desde donde ve la puerta del hotel.)
le aviso y desaparezco.
Ya está averiguado todo.
Yo cumplo lo que prometo.
Le dije á usted que dormía
hoy tranquilo, y con efecto,
si no duerme usted tranquilo
al menos duerme sabiéndolo.
Tiene razón Margarita.
No come, ha perdido el sueño,

está triste y pensativa,
y lo está con fundamento.

FERN. ¡Chist!

LOLA No tema usté. Hable bajo.
Margarita por los yerros
de otro, se halla en situación
difícil. La es muy violento
hablar.

FERN. (¡Nada, se lo cuenta,
se lo cuenta! Es decir, bueno,
me lo cuenta. Sí, pues, ¡ea!
que lo cuente y acabemos.)

LOLA Un atrevido, un galan,
un Tenorio, un majadero,
hace tiempo la persigue
con amorosos extremos.
Y ella se dice: ¿qué hago?
Si me callo, es que consiento.
Si se lo digo á mi esposo,
conflictos, quizás recelos
y dudas, tal vez un choque
con resultados funestos.
¿Qué debo hacer? (Me parece
que estoy bien y la defiendo.)

FERN. (Desesperado.)
¡Ay, qué mujer, qué mujer!

LOLA ¡Bah! Nada de abatimiento.
No se preocupe usted tanto
y alce la frente del suelo.
Usté es hombre de saber
y de mucho entendimiento,
y llevará con prudencia
el asunto á feliz término.

FERN. ¡Ay!

LOLA Sólo hay un peligro.

FERN. ¿Cuál?

LOLA Que ha llegado á saberlo
Fernando, y ese usted sabe
que es un temporal deshecho.

FERN. ¡Chist!

LOLA No viene. Es un hombre
loco, arrebatado, ciego,
de impulsos y de pasiones,
dislocado y descompuesto.

FERN. ¡Chist!
LOLA No me importa que lo oiga.
Como se lo estoy diciendo
á usted se lo digo á él.
Si es la verdad. No le temo.
De fijo dará un escándalo.
Tal vez le provoque á un duelo.
Todo el mundo lo sabrá
por su culpa. Por supuesto.
Ha hecho muy bien en negarle
su hija. Yo mucho la quiero.
¡Si iba á ser muy desgraciada
con ese hombre!
FERN. (¡Yo la pego!)
LOLA Mas si usted se figuró
al negársela que ellos
su voluntad acataron
mansos como dos corderos,
vive en un error. Se entienden
y se idolatran. Hicieron
una farsa.
FERN. (Dilo todo.
No sé cómo me contengo.)
LOLA ¡Vienen! Me voy por detrás,
y usted les sale al encuentro.
(Pasa Lola por delante del cenador y se va por el jardín, proscenio izquierda. Fernando sale del cenador y se confunde con los que bajan del hotel.)

ESCENA XIII

DICHOS, DON JUAN, MARGARITA, MAURICIO, DOÑA CARMEN, PEPITA, ROSA, LUIS, ENRIQUE, DON ALEJANDRO

MARG. Bajaremos al jardín
un instante.
JUAN No hace fresco.
PEP. Sí, sí.
CAR. Antes de tomar
los coches, respiraremos.
ROSA ¡Qué lástima! Se acabó.
ENR. El baile ha sido soberbio.
ROSA Se debía repetir.

LUIS Eso sí que es buen proyecto.
ALEJ. Sí, para que traiga yo
otro traje, algo más nuevo
y original, porque este
no le ha gustado á mi dueño.
ENR. *¡Que je vous aime, Josephine!*
PEP. Por Dios, que te están oyendo.
LUIS *¡Ah! ¡Rose, mon ame, mon espoir, mon amour!*
CAR. (¿Qué dirán estos?
¡Qué falta me hacía ir
unos días al colegio
de Paul)
ENR. ¿Y qué me dices tú
de *sa mère?*
LUIS Que es un portento.
¡Vaya una *mère!*
CAR. ¿Una *mère?*
¡Ay! Pero, señores... pero,
por Dios... (Pero, ¿qué dirán?)
ENR. Es un traje rico, espléndido.
LUIS Y no le falta un detalle.
ENR. Digna es de tener un reino.
CAR. ¡Enrique!
ENR. ¡Eh, la indumentaria!
LUIS ¡Oh, la indumentaria!
CAR. Creo
que esta no es la indumentaria,
es la Sapho.
ENR. Ya lo vemos.
(Lola por el jardín izquierda segundo término.)
LOLA (Bajo á don Juan.)
Don Juan, esté usted tranquilo.
JUAN ¿Yo tranquilo? Estoy contento. (Bajo.)
He hablado con Margarita.
LOLA ¿Pero ha tenido usted tiempo?
JUAN Sí. Tenía usted razón.
Todo era cuestión de nervios.
Ahora tengo otro motivo
de satisfacción.
LOLA ¿Qué es ello?
JUAN Mire usted esa pareja.
(Por Maurcio y Matilde, que han salido juntos.)
Realizaré mis intentos.

Toda la noche juntitos,
amartelados y tiernos.
Los caso.

LOLA ¡Bravo!

JUAN No es buena
solución.

LOLA Yo no la veo.
Pero ya que usted lo dice...

JUAN Nunca nos separaremos
los cuatro.

LOLA Esa sí que es una
solución. Ahora convengo.
(Pues señor, ó este hombre es sordo
y nos oculta el defecto,
ó se volvió de repente
tonto, él, que era tan discreto,
ó de repente ha perdido
la vergüenza, ó no lo entiendo.)
Fernando, está usted de pésame.

FERN. ¿Yo?

LOLA Se han entendido aquellos.
El padre los va á casar.
Vivirán todos revueltos
y juntos, y como al mozo
es un hombre de provecho,
le gustan las dos. ¡Qué vida
se va á dar! ¡Feliz le veo!
¡Ni el Gran Turco!

ALEJ. ¿Me llamaba
usted?

LOLA ¿Quién, yo? (¡Qué esperpento!)

CAR. Nos vamos.

ENR. También nosotros.

LOLA Y yo.

ALEJ. (A Lola.)
Pues yo no la dejo.

LOLA ¡Dios mío!

ALEJ. ¡Créeme, te adoro!

LOLA Eres turco, y no te creo.
(Suben todos al hotel por las dos puertas.)

ESCENA XIV

MATILDE, FERNANDO. Matilde se queda la última y espera que desaparezcan todos

FERN. ¡Matilde! (Bajo.)
MAT. Fernando, voy. (Idem.)
Ya se marchan. Ya me acerco.
(Vienen á la parte del Senador.)
¡Fernando mío! ¿Qué piensas
de tu Matilde?
FERN. Pues pienso
que es un ángel. ¡Lo sé todo!
MAT. Lola...
FERN. Sí. ¿Qué es lo primero
para los dos en el mundo?
MAT. ¡Mi padre!
FERN. Le salvaremos
los dos.
MAT. No me he separado
de él un instante, impidiendo
que hablasen, y no han cambiado
ni una palabra, ni un gesto.
Pero hay un peligro.
FERN. ¿Cuál?
MAT. Hay una cita en proyecto.
Aquí, cuando acabe todo.
Lo escuché por mi tormento.
Se ha procurado una llave
de esa puerta. La ha propuesto
huir.
FERN. Sube. No la dejes.
MAT. Voy. Ni descanso ni duermo.
FERN. De que él no entra, yo respondo
con la vida. Aquí le espero. (Medio mutis.)
MAT. Me odias cual me aborrecías.
FERN. ¡Como te odié te aborrezco!
MAT. ¡Adiós!
FERN. Ven. (La besa la mano con pasión.)
MAT. Queman tus labios
y me hacen daño tus besos.
FERN. Todo extremo es doloroso.
Amor y odio, lumbre ó hielo.

ESCENA XV

FERNANDO

¡Qué hermosa es! ¡Es celestial!
Anda sin rozar el suelo.
(Se apaga la luz del jardín.)
A obscuras. Mucho mejor.
¿Qué importa? ¡Si no la veo!
No lo creo en Margarita.
Aquel rostro dulce y bello
y triste, ocultar no puede
tan infames pensamientos.
Es buena, me ha defendido,
me ha mostrado mucho afecto...
¿Quieren perderla? ¡A salvarla,
y pagaré lo que debo!
(Se apagan las luces del hotel. Profunda obscuridad. Solo se ve un rayo de luz en una ventana de un piso alto.)
Ahora vendrá. La traición
busca la sombra y lo negro.

ESCENA XVI

FERNANDO, MAURICIO

MAU. (Entra y deja la puerta entornada.)
Pueden verme en esa calle.
Estoy mejor aquí dentro.
(Se adelanta Mauricio á tientas.)
FERN. Le dejaremos pasar.
Ahora la salida cierro.
(Se coloca delante de la puerta y cerca del banco.)
¡Mauricio, Mauricio! (En voz baja.)
MAU. ¿Quién? (Sobresaltado.)
FERN. ¡Mauricio! ¡Callar es miedo!
Sé quién es y á lo que viene.
MAU. Fernando... Un error... yo vengo...
FERN. ¡Quien de noche y con ganzúa
(Todo esto bajo y reconcentrado.)

asalta el hogar doméstico
para traer deshonra viene
á morir! ¡Tan solo á eso!

MAU. ¡Morir! ¿Por qué?

FERN. Por traidor.

MAU. No soy un traidor. No intento
traer la deshonra á esta casa.
¡Me han engañado! ¡Me han hecho
á mí traición! ¡La adoraba!
¡Me la han quitado! ¡Yo vengo
por lo que siempre fué mío!
¡Como es mío, me lo llevo!

ESCENA XVII

DICHOS, MATILDE, DON JUAN

FERN. ¡Suyo!

MAT. (Bajando, derecha del hotel.)
¡Fernando, Fernando! (En voz baja.)

FERN. Matide baja. ¡Silencio! (Bajo.)

MAT. Fernando, aunque entre ese hombre,
ten calma, por Dios, te temo.

JUAN (Desde la puerta derecha del hotel.)
¡Matilde! ¿Para qué bajas
al jardín? Te he visto. Anselmo,
luz.

FERN. ¡Mauricio! ¡Al cenador!

MAT. (¡Está Mauricio!) (Con terror.)
(Mauricio se esconde en el cenador. Desde dentro de la casa dan luz al jardín.)

JUAN (Bajando.) ¿Qué es esto?
¡Los dos solos, y de noche!
¡Una cita! ¡Estais mintiendo!
¡Me engañábais!

MAT. No, papá.

FERN. Casualidad...

JUAN No te creo.
A tu casa pronto.

FERN. (Rápidamente al pasar por delante del cenador.)
Huir
no es de hombres.

MAU. Aquí le espero. (Bajo.)

MAT. ¡Dios mío!
JUAN ¿Qué te sucede?
Ese rostro descompuesto,
¿qué me dice?
MAT. Que Fernando,
que es bueno, pero violento,
va á hacer una de las suyas.
JUAN ¡Ah! ¿Le conoces? Me alegro.
MAT. No podemos evitarlo.
JUAN ¿Por qué?
MAT. Porque no podemos.
JUAN ¡A casa, á casa!
MAT. (¿Qué hacer?
¿Qué pasará?)
JUAN Vamos dentro.
(Entran en el hotel. El jardín á obscuras otra vez.)

ESCENA XVIII

MARGARITA, MAURICIO, FERNANDO

MAU. ¡Qué demonio de aventura!
¡Gracias á Dios que se fueron!
(Sale del cenador.)
FERN. (Entrando por la izquierda proscenio.)
¿Se ha marchado?
MARG. (Asomándose á una ventana del pisos primero.)
¡Mauricio!
MAU. ¡Margarita mía! (Acércándose.)
FERN. (¡Ellos!)
MARG. ¡Huye, vete!
MAU. ¡Amor de mi alma!
MARG. ¡Yo por tu amor te lo ruego!
FERN. (¡Por su amor! ¡Ah, padre mío!
¡Juro por Dios que te vengo.)
(Margarita cierra la ventana Mauricio se dirige á la puerta. Fernando se adelanta y se interpone. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinete elegante: dos puertas á la izquierda y una en el fondo. A la derecha, en primer término, un gran espejo á poca distancia del suelo; en segundo puerta que da al jardín.

ESCENA PRIMERA

MATILDE y FERNANDO

MAT. (Desde dentro.)
Espera... No entres aún.
Ten calma. Que no nos hallen
en conferencia. Exploremos
todo el terreno.
(Mira por las puertas de la izquierda.)
Mi padre
escribiendo... Margarita
está en su cuarto. ¡Adelante!
(Viene á la puerta de la derecha.)

FERN. ¡Matilde mía! (Entrando.)

MAT. ¡Fernando!
¿Cómo está?

FERN. Mejor. Ya no hay
peligro. Recobra fuerzas.
Se ha levantado ayer tarde
dos horas. Hoy va á salir
al jardín.

MAT. ¡Por Dios! Si sale
al jardín le pueden ver.
Te le llevas á otra parte

en un coche. Vé al Retiro,
y que respire allí el aire
puro, que se pasee,
y cuando ya esté bastante
fuerte, le llevas al tren.
¡Que se marche, que se marche!
¡Por Dios!

FERN. No dudes. Se irá.

MAT. ¿Tú crees?

FERN. Ha llegado á darme
su palabra, y es un hombre
leal entre los leales.
Antes no le conocía
y le juzgué un miserable;
hoy le conozco y respondo
de él, sin miedo á equivocarme.
En largas y tristes noches
en que he pasado velándole,
sondeé su corazón
con mirada penetrante.
Cuando postrados y enfermos
sentimos hervir la sangre,
y el delirio al más callado
el más elocuente hace,
toda la verdad que duerme
en el abismo insondable
del alma, sube deprisa
y por los labios se sale;
que esas son horas solemnes
en las que mentir no cabe.
El hablaba, yo le oía
y procuraba calmarle.
Ni sentimientos de odio
en él, ni de venganza; frases
de dolor y de amargura,
hondas quejas, tristes ayes
por el bien que se ha perdido
y que no vuelve á encontrarse.
Por un error de los dos
fuimos enemigos antes.
Hoy hemos llegado á ser
dos amigos; casi, casi,
dos hermanos; y estos lazos,
que ya se rompan no es fácil.

¡La compasión á él me lleva,
la gratitud me le trae!

MAT. ¡Así te hizo Dios, Fernando;
pasión, extremos, arranques!
¡Si quieres, hasta morir;
y si aborreces á alguien,
hasta matar! Hoy cariño,
ayer un odio salvaje.
Te quiero creer. Será bueno,
un corazón de oro, un ángel,
un santo Pero, ¡por Dios!
¡Que se marche, que se marche!

FERN. ¡Se marchará! ¡Lo ha jurado!

MAT. Sin que sospeche mi padre.

FERN. Por eso mis luchas son
y por eso mis afanes,
y hasta hoy..

MAT. Pero ese hombre aquí
es un peligro.

FERN. Yo echarle
no puedo.

MAT. ¡Sí, que se vaya,
que se vaya!

FERN. Cuanto antes
mejor.

MAT. Pero ¿y si no quiere?

FERN. Querrá; mas si se negase...

MAT. ¡Le matas! ¡Y no le curas!
Con una vez es bastante.
¡Vienen; vete y no le dejes!
¡Que se marche, que se marche!
(Mutis derecha.)

ESCENA II

MATILDE y LOLA

MAT. ¿Quién fía en enamorados?
El mal nos vuelve cobardes.
Hoy está débil y flojo.
Le miman y le complacen
y á todo dice que sí,
pues con la dieta se cae

y el hombre no tiene fuerzas
de resistir y negarse;
pero en volviendo los bríos
con el vino y con la carne
volverá á decir que nones,
aunque ahora diga que pares,
y se negará á partir,
¡y en no partiendo nos parte!

LOLA Aquí estoy. (Por el fondo.)

MAT. ¡Gracias á Dios!
Ya quince días mortales
sin verte.

LOLA ¡He estado muy mala!

MAT. ¿Y cómo?

LOLA ¡El dichoso baile!
Ya no tengo veinte años;
ví muchas más Navidades
y no estoy para estos trotes.
Bailé tres ó cuatro valses,
bajé y subí muchas veces
agitada; me asustaste
con tus noticias, salí
sofocada y sin taparme,
y aunque procuré tomar
muy deprisa mi carruaje,
desde la puerta al estribo,
Matilde, me cogió un aire.

MAT. ¡Cuánto y cuánto habrá sufrido
con la ausencia y con tus males
el pobre don Alejandro!

LOLA No me le recuerdes. ¡Cállate!
¡Si no he salido de casa!
No me ha dejado un instante.
El ha buscado los médicos
y ha traído los jarabes,
y se ha pasado los días
en mi cocina tratándose
con las chicas, y las noches
en la puerta de la calle
con el sereno. Y un día
hasta mi alcoba el infame
entró una taza de caldo.
Desesperada, sentándome
de un salto, le llamé vil,

atrevido y miserable.
Y él contestó sonriendo:
«En cuanto se cure, máteme;
pero ahora tome usté el caldo »
Acabé por resignarme,
y lo tomé, y con pistero.
¡Estoy perdida! No me hables
de mis asuntos. Hablemos
de los de esta casa. ¿Qué hay?
¿Qué ha sucedido en mi ausencia?

MAT. Muchas, muchas novedades.
Aquella noche fatal,
Mauricio, con una llave
que tenía, en el jardín
penetró concluído el baile.
Mas Fernando le esperaba...
lucharon.

LOLA ¡Virgen del Carmen!

MAT. Le dió una estocada horrible.

LOLA Le pasó de parte á parte.

MAT. ¿Y qué dirás que hizo luego
mi primo?

LOLA ¿Luego? ¡Enterrarle!

MAT. No, se lo llevó á su casa
y le ha curado.

LOLA Si vale
mucho ese muchacho.

MAT. Y hoy
son amigos entrañables,
y él, en agradecimiento,
ha prometido marcharse.

LOLA Claro, esa solicitud
es justo que se la pague.
Le habrá velado estas noches,
le habrá puesto los vendajes,
le habrá dado muchas drogas
y tazas de caldo. Es grave,
difícil la situación,
y no se ve el desenlace.
¿Y Margarita?

MAT. Lo mismo
que siempre.

LOLA ¡Pobre! ¿Y tu padre?

MAT. Contento.

LOLA ¿Sí? (Hay en el mundo
hombres muy particulares.)
MAT. Como no ha sabido nada...
LOLA Es claro; si no lo sabe...
MAT. Nosotras se lo ocultamos
LOLA No lo sabrá. Eso no es fácil.
MAT. Tú no se lo has de decir,
Lolita
LOLA ¡Qué disparate!
Ya no. Es decir, yo no.
Asuntos trascendentales
son estos.
MAT. Creo que vienen.
LOLA Es muy bonito ese traje.

ESCENA III

DICHOS, DON JUAN, segunda izquierda

JUAN Dolores. (Saludando.)
MAT. Ha estado mala.
JUAN Pero ya...
LOLA Pasó el ataque.
Mis males duran muy poco,
que á mí me cura el carácter.
Voy á ver á Margarita.
JUAN Sí, sí, que usted la distrae.
MAT. Voy contigo.
JUAN Espérate.
MAT. ¿Yo, papá?
JUAN Tengo que hablarte.
(Mutis Lola segunda izquierda.)

ESCENA IV

MATILDE, DON JUAN. Don Juan se pasea agitado sin hablar

MAT. (Se pasea. Está nervioso.
¡Ay, Dios mío! ¡Cuando estalle
la tormenta! ¿Lo sabrá?
Si yo pudiera marcharme...)

JUAN (Paseándose.)
(De fijo aquí se sabía
el suceso. Y yo ignorante
de todo. El último yo,
al que más puede importarle.
Pero, en fin, donde hay criados
que vienen y entran y salen,
y se comunican y hablan,
no es posible que se guarde
un secreto. Al fin lo supe,
y con todos sus detalles.)

MAT. ¿Me puedo marchar? (Tímidamente.)

JUAN No.

MAT. Bueno.

JUAN (Deteniéndose delante de ella.)
Conque, hija mía, ¿no sabes?

MAT. (Muy asustada.)
Yo no sé nada, yo no
sé nada.

JUAN Voy á enterarte.
Aunque aquellas aficiones,
entre primos naturales,
que sentiste, se han perdido,
porque no tenían base,
conviene que le conozcas,
quiero desilusionarte
del todo, quiero que veas
tú de lo que son capaces
esos desequilibrados
que tienen sus facultades
perturbadas. Mi sobrino,
tu exnovio, ese botarate,
ha hecho una de las suyas
profanando estos lugares,
sagrados para él, mi casa,
en donde encontró otro padre.

MAT. Fernando... (Disculpándole.)

JUAN Fernando, ¿qué?

MAT. Nada. (Más vale callarse.
Sabe sólo la mitad:
la mejor de las mitades.)
(Don Juan se acerca á la puerta del jardín.)

JUAN Allí le tienes inquieto
y nervioso y paseándose.

En cuanto me ve se esconde.
¿Qué le pasa? ¿Tú no sabes?

MAT. (Muy asustada.)
Yo no sé nada, yo no
sé nada.

JUAN Pues voy á llamarle.
Que me aclare muchas cosas.
¡Fernando! (Llamándole.)

MAT. (Que no lo aclare.)

ESCENA V

DICHOS, FERNANDO por la derecha

FERN. ¿Me llama usted, tío?

JUAN Sí.
Ahí le tienes. ¿No te ha dicho,
no te ha contado su hazaña,
la última? ¡Pobre Mauricio!
Aquí le esperó de noche
y le atacó de improviso.

FERN. De improviso, no.

JUAN Le hirió
gravemente, que ha nacido
espadachín. Si la aurora,
al alumbrar este sitio,
deja ver en mi jardín
un cadáver, ¿qué decimos?
¿Qué hacemos para salir
de tan grave compromiso?

FERN. Quien de noche y con ganzúa
penetra en un domicilio,
debe morir. (Con firmeza.)

JUAN ¡Gran teoría!
Morir. ¿Y por qué delito?
Por querer á la que quieres
y por ser el preferido.
Hermosa la vió en el baile,
el infeliz perdió el juicio,
y aquí se entró como pudo,
trastornado, porque quiso
ver su gallarda silueta
y su sombra tras los vidrios

del balcón, y hacia el balcón
lanzar sus tristes suspiros.
Es falta, pero tal falta
no merece ese castigo.
Porque seas el más fuerte
y á tus plantas le hayas visto,
él, ¿dejará de quererla?
¿Basta con ser atrevido
y diestro para ganar
la estimación que has perdido
de mi hija? ¿Me asustarás?
¿Cederé yo en mis designios
de dársela al más prudente,
y al mejor, y al más tranquilo?
¿Es posible que no puedas
jamás contener tus ímpetus,
dominar esas pasiones,
poner cadenas y grillos
á esa voluntad indómita,
que te lleva á un precipicio?

MAT. (Dicen que es malo, y le insultan
y se calla el pobrecito.
Pues si siguen maltratándole
hablo y digo un desatino.
Me ahogo de coraje. Aquí
tengo un nudo y corredizo.)

JUAN Gracias á que el Ser Supremo,
que es piadoso y que es benigno,
le tocó en el corazón,
y entonces, arrepentido...

MAT. Entonces le abrió sus brazos,
(Con entusiasmo.)
le alzó en ellos como á un niño,
llevó hasta su propio lecho
el cuerpo del pobre herido,
y durante quince días,
que le parecieron siglos,
estuvo á la cabecera
sin moverse y ni un amigo,
ni un hermano, ni una madre,
pudieron ser más solícitos
ni mostrarle más desvelo,
más cuidado, más cariño.
¡Eso es hermoso y es noble,

y es generoso y es digno!
(Ya se me ha quitado el nudo
que tenía. Ya respiro.)

JUAN ¿Conque grande? Vete, vete,
que ya no te necesito.
(Mutis Matilde primera izquierda.)

ESCENA VI

DON JUAN, FERNANDO, LOLA

JUAN ¡Pobre muchacho! Le he enviado
una tarjeta ahora mismo
diciéndole que ignoraba
el suceso y que he sentido
no poderle acompañar,
y pidiéndole permiso
para ir á verle un momento
y ofrecerle mis servicios. (Entra Lola.)
Anda, vuélvete á su lado.
Cuídale bien. ¡Pobre chico!
¡Qué horror y qué atrocidad!
Haz que olvide con asíduos
cuidados, por fin, aquella
salvajada.

FERN. Gracias, tío. (Tristemente.)

ESCENA VII

LOLA, DON JUAN

JUAN ¿Qué dice usted de todo esto,
amiga mía?

LOLA Pues digo
que me tiene usté asombrada,
y que es mi asombro legítimo.
Tiene usted mucho talento
y es hombre prudente y frío,
y cuando procede así
debe tener sus motivos;
mas confieso francamente
que yo no los adivino.

JUAN ¿Procedo mal?
LOLA No lo sé.
Mas de verle con Mauricio
tan atento, tan afable
y tan servicial, me admiro
y me asusto.
JUAN Pues no veo. .
LOLA Y el verle con su sobrino
tan inflexible, tan duro
y tan cruel, me maravillo.
¿Qué ha hecho?
JUAN Nada.
LOLA Defenderle
á usted.
JUAN ¿Que me ha defendido
Fernando?
LOLA Naturalmente.
Con valor y con peligro
de su vida.
JUAN Ahora soy yo
el que se asombra, y repito
como usted, que no lo entiendo
y que esto es un jeroglífico.
LOLA Jeroglífico, y lo sabe
usted todo, amigo mío.
JUAN ¿Y qué es lo que yo sé?
LOLA Todo.
Después del coloquio íntimo
que hemos tenido los dos...
JUAN ¿Dónde y cuándo le tuvimos?
LOLA En el cenador la noche
del baile.
JUAN ¡Yo!
LOLA Usté intranquilo
se mostró por la tristeza
de su señora, y me dijo
que averiguara. .
JUAN ¿Es verdad?
LOLA Yo cumplí mi cometido,
y en el cenador después...
JUAN Señora, ni usted me ha dicho
una palabra, ni ha estado
en el cenador conmigo
esa noche.

LOLA Pues don Juan,
ó me he vuelto de improviso
loca, ó usted no está cuerdo,
ó se quedó usted dormido
mientras yo hablaba.

JUAN Pues yo
estoy en mi sano juicio,
y no acostumbro á dormirme
cuando hablo con los amigos,
pues no estoy congestionado,
y menos cuando recibo
á una señora.

LOLA Pues esto
es lo extraño, lo inaudito
y lo imcomprensible. En fin,
no regañemos.

JUAN Yo insisto
que se engaña usted.

LOLA Bien.

JUAN Pero
aquí no hay nada perdido.
Acaba usted de insinuar
algo grave, y la suplico
si no tiene inconveniente,
que repita lo que dijo.
Reproduzcamos la escena.
del cenador, aunque insisto
en que no estuve.

LOLA Sí estuvo,
don Juan.

JUAN Bueno.

LOLA Yo le he visto.
Usted sentado, yo aquí,
de pié.

JUAN Pues á nuestros sitios.
(Se sientan: don Juan frente al espejo.)
Estaba sordo sin duda,
pero ahora soy todo oídos.

ESCENA VIII

DICHOS, MATILDE. Matilde por la primera izquierda. Don Juan no nota su presencia

LOLA Margarita está muy triste,
y que no es feliz opino,
porque trabaja su vida
algún dolor escondido.
(Matilde hace señas suplicándola que calle.)
Esto que parece lógico,
(Transición y sin saber cómo arreglarlo.)
y á que todos asentimos,
no lo es si profundizamos
en el insondable abismo
del alma de una mujer,
que es un misterio infinito.
Está triste y es dichosa,
está triste sin motivo.
Su carácter ó sus nervios,
quizás exceso de mimo.

JUAN (Poniéndose en pie.)
¿No le parece á usted, Lola,
que cuando fuere preciso
hacer, para que alguien calle,
gestos muy imperativos,
es muy imprudente hacerlos
ante un espejo muy limpio,
que nos pueda delatar?

MAT. Papá.

JUAN Matilde, te he visto.
(Volviéndose á ella.)
¿Conque hay un secreto aquí,
que es de todos conocido
y que yo no sé; un secreto,
no de extraños, de los míos?

LOLA Don Juan, yo me voy. (Confusa.)

JUAN No puedo
detener á usted, ni insisto
en que hable, porque no tengo
derecho.

LOLA Yo...

JUAN Y me resigno.

Mas tengo sobre Matilde
(Con mucha energía.)
autoridad, que ejercito
ahora, y Matilde hablará,
porque lo quiero y lo exijo.
Señora, á los pies de usted,
hija mía, ven conmigo.

MAT. (¡Decirle á mi padre yo!
¡Primero me hacen añicos!)
(Mutis primera izquierda.)

ESCENA IX

LOLA, FERNANDO

LOLA Esto se pone muy serio.
Está ya cerca el confiicto.
Tenía que suceder.

FERN. Aquí estoy yo. (Por la puerta del jardín.)

LOLA Bien venido.
Es preciso conceder,
que es usté un hombre distinto
a todos, original,
particular, todo un tipo.
Su casa de usté es la casa
de socorro del distrito,
y es el gabinete médico
y la nueva inclusa. Un niño
abandonado en la calle,
á casa. Que hay un herido,
á casa. Espero que un día
me recoja en ese asilo.

FERN. Irá usted. Está pensado.
Lo tengo todo previsto.

LOLA ¿Y cuándo?

FERN. Cuando me case.

LOLA ¿De esposa? Yo no reincido.

FERN. De suegra.

LOLA ¿Tan mala soy?

FERN. Quizás. Al menos conmigo.
Prometió callar y habló.

LOLA No lo sé. Vivo en el limbo.

FERN. Pues habló.
LOLA Me alegro mucho
saberlo.
FERN. Largo y tendido.
LOLA Muy bien.
FERN. Pero su discurso
se ha perdido en el vacío.
LOLA ¿Y cómo? Yo estoy en babia.
FERN. Porque había dos vestidos
del mismo modo, ¡él y yo!
Y me valió el artificio.
LOLA ¿Cuál?
FERN. ¡Usted me ha equivocado
con don Juan!
LOLA ¿Sí? ¡Es divertido
el *quid pro quo!* ¿Conque á usted?
¡Perdone usted si me río!
El recurso es ingenioso,
chusco, pero inocentísimo.
¡Ah! Pero usted me lo dice
con aire de triunfo, altivo,
pensando: ¡está confundida!
Pues no, no me ha confundido
usted. Tengo mis teorías.
Ya le indiqué que en ridículo
está el marido que ignora,
que el que se llame su amigo
debe hablar. Si yo le he hablado
hice bien; no es un delito.
Ahora recuerdo que dije
que á usted, y esto le ha ofendido,
le faltan aquí su media
docenita de tornillos
y creame usted, Fernando,
lo menos le faltan cinco.
Añadí que si de su hija
llegaba á ser su marido
la iba á hacer muy desgraciada
y en esto me ratifico.
Y por fin concluí indicando
que no temía decírselo,
que lo oyera, y con efecto,
cara á cara se lo digo.
Al buen callar llaman Sancho,

pero el hablar muy clarito
en ocasiones es bueno,
que hablar es un don divino.
Yo hablé; no me han escuchado.
Mejor, si no lo ha sabido,
lo sabrá. ¿Sabe usted quién
le ha de contar? Usted mismo.
Usted que es atolondrado,
que no piensa, cierre el pico,
¡por Dios! Este es un consejo
de una buena amiga: he dicho.
Suya, ese, ese. Le beso
las manos, y me retiro.

FERN. (Gracias á Dios.)

LOLA Si al bajar
me desconcierto un tobillo,
á su casa.

FERN. Sí señora.
La cuidaré con cariño.
(Entra don Alejandro por el foro.)
La buscan. (¡El! ¡Mi venganza!)
En tus manos la confío.
(Sale Fernando derecha.)

ESCENA X

LOLA y DON ALEJANDRO

ALEJ. Señora: usted me dispense.
El médico ha prohibido
que esté fuera mucho tiempo.
A casa. Se lo suplico.
En la calle espera el coche,
y en el portal su humildísimo
servidor, el fiel lacayo
que la acompaña al estribo.
Le toca el caldo á las tres,
las píldoras á las cinco,
la brea á las seis y media,
á las siete el malvabisco,
la untura á las diez.

LOLA (¡Y á todas
horas este sinapismo!)

ALEJ. Está usted débil. El brazo.
Bajaremos despacito.
LOLA (Paciencia.)
ALEJ. Apóyese bien.
Me gusta.
LOLA ¡Ay, amigo mío!
¿No conoce usted un medio,
para vernos lo preciso,
con menos frecuencia?
ALEJ. Uno.
LOLA ¿Cuál es?
ALEJ. Casarse conmigo.
LOLA ¿No hay otro?
ALEJ. Es el más seguro.
LOLA Se hará socio del Casino.
ALEJ. Sí, señora.
LOLA ¿Y de la Peña?
ALEJ. También.
LOLA De todos los círculos.
Irá usted todas las tardes
para jugar al tresillo.
ALEJ. Lo juro.
LOLA ¿Y todas las noches?
ALEJ. Las noches se las dedico
á usted.
LOLA ¡María santísima!
Renuncio.
ALEJ. Yo no desisto.

ESCENA XI

DICHOS y DON JUAN primera izquierda

JUAN (Por más que apremio y me enfado.
que hable claro no consigo.
Es muy buena Margarita,
Fernando me ha defendido.
¿Qué es esto? ¡Qué negra duda
brota en el alma, Dios mío!)
LOLA (Está sumido en un mar
de dudas el pobrecito.
Y va su imaginación
mucho más allá, de fijo,

que la realidad. ¿Qué hacer?
El callarse es un delito.)
Espéreme usted abajo. (Bajo.)

ALEJ. Que es tarde.

LOLA Voy.

ALEJ. Que hace frío.

LOLA Un momento.

ALEJ. Abajo espero.

LOLA Bien, bien.

ALEJ. Y abajo suspiro.

ESCENA XII

LOLA y DON JUAN

LOLA (Vaya, á la tercera va
la vencida. Se lo digo.)
Señor don Juan, no esté usted
tan triste, tan pensativo,
tan inquieto y tan nervioso.
Hay motivo y no hay motivo.
No es caso desesperado,
ni es tan terrible el conflicto.
¿Quiere saber la verdad?

JUAN Sí, la duda es un suplicio.

LOLA Pues se la voy decir.

JUAN Le quedaré agradecido.

ESCENA XIII

DICHOS y FERNANDO derecha

FERN. ¡Aquí todavía!

LOLA ¡Aquí!

JUAN Hable ya, si puede ser.

LOLA Todo lo va usté á saber,
señor don Juan.

FERN. ¿Todo?

LOLA Sí.

FERN. (¡Pero es posible! ¡Y se sientan!)
¿Qué va usté á decirle, qué?

LOLA Nada, no se canse usté.
¡Yo soy de las que lo cuentan!
Su amistad me solicita.
JUAN Hable, pues.
FERN. No lo oigas, tío.
JUAN Sí.
LOLA ¡Mauricio, amigo mío,
viene aquí por Margarita!
JUAN ¡Por Margarita!
LOLA La adora.
Es su encanto, su embeleso
y su pasión.
FERN. ¡Pero eso
ha sido un tiro, señora!
JUAN ¡Pero ella!
LOLA ¡Eso, no señor!
FERN. Jamás. Oígame un instante.
Aquí tío, no hay amante
ni ofensas ni deshonor.
No es una desconocida
que conquistar hoy quisiera
LOLA No, fué la ilusión primera
de su alma, su prometida.
FERN. El era de humilde cuna.
Los padres de ella ambiciosos,
jurando hacerles dichosos,
para que hiciese fortuna
le animaron. El partió
á ver mundo, á trabajar;
y Margarita esperar
sin impaciencia juró.
Pasó mucho tiempo, un día
se presentó un caballero...
LOLA Usted, con mucho dinero
y muy buen gusto, á fe mía.
FERN. A sus padres la pidió.
Ella se opuso. Rogaron,
pidieron, amenazaron,
los vió pobres y cedió.
A reclamar sus derechos
él volvió y al cielo clama,
y protesta y los reclama
en vano.
LOLA Esos son los hechos.

FERN. Ni él es traidor, ni ella indigna;
la historia concluída está.
El sufre, pero se va.
Ella calla y se resigna.

LOLA Y es eso todo.

JUAN ¡Dios mío!
¿Qué estás diciendo, Fernando?

FERN. La verdad.

JUAN Me estás matando
con la verdad.

FERN. (¡Pobre tío!)

JUAN Me ocultaron de ese amor
la historia. Nada sabía.
¡Oh, no siente el alma mía
hacia mi esposa rencor!
¿Mas será feliz un hombre,
aunque no reciba agravios,
si le besan unos labios
que murmuran otro nombre?
Vivirá siempre á mi lado;
será honesta, será honrada,
¡y será tan desgraciada
como yo desventurado!

FERN. Con su queja me atormenta
y no le puedo escuchar

LOLA Déjele usté hablar; hablar
consuela y hasta alimenta.
(Margarita por la segunda izquierda.)

JUAN ¡Oh! ¡Que mi mirada llegue
hasta su alma! ¡Quién pudiera
sondearla toda entera
hasta el último repliegue!
Saber si en su corazón,
que hasta ahora mío he creído,
por este pobre marido
hay más que resignación.
¡Quién pudiera echar de aquí
todas estas dudas juntas!

MARG. (Adelantándose.)
¿Por qué no se lo preguntas
a la que lo sabe, á mí!

ESCENA XIV

DICHOS y MARGARITA

JUAN ¡Margarita!
FERN. Aquí estorbamos. (Bajo.)
LOLA No, señor.
FERN. ¿No? Pues las señas ... (Idem.)
LOLA No estorbo en ninguna parte (Idem.)
jamás.
FERN. (¡Viva la modestia!)
Nos mira. Me está diciendo
que nos vayamos.
LOLA ¡Pues, ea,
no me voy. Yo la hago falta. (Bajo.)
Es tímida y yo resuelta;
hay que ayudarla.
FERN. Pues es
la situación muy violenta!
MARG. ¡Sí, Juan, yo quise á Mauricio!
FERN. ¡Yo me voy hacia la puerta!
MARG. ¡Sí; del amor las primicias
le doy el alma satisfecha!
Sí; yo le he escrito una carta
pidiéndole que viniera
á salvarme. Sí; ha venido
á reclamar mis promesas;
mas cuando vino era tarde.
JUAN ¡Sí, muy tarde para nuestra
dicha!
MARG. ¡No, para la suya!
JUAN No entiendo.
LOLA Pues no es problema
ni jeroglífico, es claro
como el agua. En esa ausencia
tan larga, ella había vivido
tranquila, y dichosa, cerca
de otro hombre, un desconocido
á quien la unieron por fuerza,
y en ese hombre lo halló todo;
poderosa inteligencia,
generosidad sin límites,

amor, bondad verdadera.
Fué usted padre que proteje,
y fué amigo que aconseja,
y fué amante que suplica
y marido que respeta.
Y aquel recuerdo lejano,
aquella loca quimera
se fueron desvaneciendo
poco á poco, como niebla
ante el sol, y cuando vino
á reclamar sus promesas,
de su nombre mal grabado
no quedaba ni una letra.

JUAN ¿Pero eso es cierto? (Con gran alegría.)

MARG. Así es.
¡De mi alma el fondo te enseña!

LOLA ¿Ve usted cómo yo no estorbo (Bajo.)
nunca, hombre?

FERN. ¡Qué inteligencia! (Bajo.)
¡Qué penetración le ha dado
el de arriba!

LOLA ¡De primera! (Idem.)
Dígaselo usté al de abajo,
verá lo que le contesta.

JUAN ¡Margarita!

MARG. ¡Qué conflicto
el mío! Imprudente era
hablarte de aquel amor.
¿A qué despertar sospechas
y dudas? Yo deseaba
que tú nunca lo supieras,
porque para mí no hay
más que Juan sobre la tierra.

JUAN ¡Alma mía! Resucitas (Abrazándola.)
un alma que estaba muerta.

LOLA Ahora, ahora sí que estorbamos.

ESCENA XV

DICHOS, DON ALEJANDRO desde el foro

ALEJ. Señores, con la licencia
de ustedes.

JUAN — Usted la tiene.
Pase usted. No se detenga.
ALEJ. — Sólo un minuto. Señores...
¡Lola de mi alma! (Entrando.)
LOLA — (¡Paciencia!)
ALEJ. — Las píldoras, á las cuatro.
(Sacando el reloj.)
Van á dar las tres y media.
¿Viene usted?
LOLA — (¡Cómo ha de ser!)
JUAN — Obedece.
FERN. — ¡Se la lleva!
MARG. — ¿Qué es eso?
ALEJ. — Que el que la sigue
la mata.
LOLA — Yo ya voy muerta. (Salen foro.)

ESCENA XVI

DON JUAN, FERNANDO, MARGARITA

JUAN — Fernando, te debo una
reparación.
FERN. — Pues que venga
la reparación.
MARG. — ¡Matilde!
JUAN — Te la voy á dar completa.

ESCENA XVII

DICHOS, MATILDE primera izquierda

MAT. — ¡Papá!
JUAN — Estoy contento.
MAT. — ¿Sí?
Pues se acabaron mis penas.
JUAN — Vas á decirme que soy
como una mujer veleta.
MAT. — ¿Por qué?
JUAN — Vuelve á ser tu primo
tu futuro, si le aceptas.

MAT. ¡No puedo!
FERN. ¿Cómo?
MARG. ¿Qué dices?
FERN. ¡Pero Matilde!
JUAN ¡Se niega!
Hija mía, yo confieso
mis errores. Tuya era
la razón. Es noble, es bueno,
es un caballero en regla.
MAT. ¡No puedo!
FERN. Usted me ha perdido
y por usted me desdeña.
JUAN ¿Yo?
FERN. Me ha desacreditado,
y no es fácil que me crea.
JUAN Calla, que yo te lo arreglo.
¿Ahora salimos con esas?
Será tuya. Yo lo mando.
La llevo atada á la iglesia.
MARG. ¡Pero Matilde!
MAT. ¡No puedo!
FERN. ¿Por qué no puedes?
JUAN ¡Contesta!
MAT. ¡No puedo... vivir sin él!
JUAN ¡Bribones!
FERN. ¡Bendita seas!
(Cogiéndola de la mano.)
Les presento á mi señora.
JUAN (Cogiéndola de la mano.)
Yo te presento á tu suegra.
MARG. ¿Pero esto es un cotillón?
MAT. Y con cambio de pareja.
¡Margarita! (Abrazándola.)
MARG. ¡Hermana!
FERN. (Abrazándole.) ¡Tío!
JUAN ¿Tío nada más?
FERN. ¡Padre!
JUAN ¡Aprieta! (Telón.)

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien... comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta, un viejo, comedia en dos actos y en verso.
Inocencia... comedia en tres actos y en verso.
¡Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Cómo se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job, comedia en tres actos y en verso.
El octavo, no mentir, comedia en tres actos y en verso.
La fuerza de un niño, comedia en tres actos y en verso.
Escurrir el bulto, comedia en un acto y en verso.
Por fuera y por dentro, comedia en dos actos y en verso.
La buena raza, comedia en tres actos y en verso.
¡Malditos números! comedia en tres actos y en verso.
Enseñar al que no sabe, comedia en tres actos y en verso.
La elocuencia del silencio, comedia en tres actos y en verso.

Sin familia, comedia en tres actos y en verso.
De todo un poco, revista en un acto, con D. Vital Aza.
El otro, comedia en tres actos y en verso.
Un año más, revista en un acto, con D. Vital Aza.
¿Pérez ó López? comedia en tres actos y en verso.
¡Pobre María! monólogo en un acto y en verso.
En plena luna de miel, comedia en un acto y en verso.
Sin solucion, comedia en tres actos y en verso.
Pensión de demoiselles, humorada en un acto, con Vital Aza.
Caerse de un nido, comedia en un acto y en verso.
Boda y bautizo, sainete, con D. Vital Aza.
En primera clase, comedia en tres actos y en verso.
Un viaje á Suiza, arreglo en tres actos, con D. Vital Aza.
La mano derecha, juguete en un acto y en verso.
Los demonios en el cuerpo, comedia en un acto y en verso.
Vivir en grande, comedia en tres actos y en verso.
La lista grande, comedia en un acto y en verso.
El día del sacrificio, juguete en un acto y en verso.
Meterse á redentor, comedia en tres actos y en verso.
Manzanilla y dinamita, comedia en un acto y en verso.
¡Viva España! sainete en un acto en prosa y verso.
El enemigo, comedia en tres actos y en verso.
Los hugonotes, comedia en dos actos y en verso.
Entre parientes, comedia en un acto y en verso.
La sopa de almendra, apropósito en un acto y en verso.
Viajeros de Ultramar, comedia en dos actos y en verso.
La vieja ley, comedia en tres actos y en verso.
¿Me conoces? juguete cómico en un acto y en verso.
El tren del botijo, comedia en dos actos y en verso.
En casa de la modista, juguete cómico en un acto y en verso.
La niña mimada, comedia en tres actos y en verso.
La credencial, comedia en tres actos y en verso.
El sereno de mi calle, juguete cómico en un acto y en verso.
La señá Francisca, comedia en dos actos y en verso.
La revista, zarzuela en un acto, original y en verso, música del maestro Caballero.
Los hijos de Elena, juguete cómico en dos actos y en verso.
Abogar contra sí mismo, comedia en tres actos y en verso.
El dúo de la Africana, zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, original en verso, música del maestro Caballero.

Las tres de la tarde, diálogo en un acto y en verso.
¡Al Santo, al Santo! apropósito cómico en un acto y en verso.
La monja descalza, comedia en tres actos y en verso.
El Domingo de Ramos, zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros, original y en verso, música del maestro Bretón.
Fe, esperanza y caridad, juguete cómico en dos actos y en verso.
Magda, juguete cómico en un acto y en verso.
La bicicleta, juguete cómico en un acto y en verso.
El último drama, comedia en dos actos y en verso.
La monja descalza, comedia en dos actos y en verso.
La viejecita, zarzuela cómica en un acto y dos cuadros, musica del maestro Caballero.
Mimo, comedia en dos actos y en verso.
Gigantes y cabezudos, zarzuela en un acto y tres cuadros, música del maestro Caballero.
Continental expres, monólogo en verso.
Baile de trajes, comedia en tres actos y en verso.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

ARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros me-
res Maestros Compositores, la propiedad del derecho de
producir los papeles de orquesta necesarios á la represen-
ción y ejecución de sus obras musicales, hay un completo
rtido de instrumentales que se detallan en Catálogo sepa-
do á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales d
esta Galería ó acudiendo al edito
que concederá rebaja proporcionad
al pedido á los libreros ó agentes.